

rico del lenguaje, como cuando hablamos de corazón grande o pequeño para calificar la generosidad o el egoísmo de una persona. Estas cualidades superiores pueden aumentar la eficacia del trabajo, como lo haría el capital, pero esta eficacia es debida al poder aumentado del trabajo. De la misma manera el poder natural de una fuerza natural puede producir la eficacia del capital, pero esto es tierra, no capital. Si el capital debe entrar como tercer factor en la producción de la riqueza, no puede ser compuesto sino del producto de los primeros dos factores. Es ridículo pensar que pueda existir capital antes que el trabajo haya obrado sobre la tierra. Debe ser formado por cosas, que no sean ni tierra ni trabajo, pero sí el resultado de estos dos factores combinados en la producción de aquellas cosas necesarias para la satisfacción de los deseos humanos, para aumentar más las posibilidades del deseo y de las satisfacciones; por tanto, de aquellas cosas comprendidas bajo el nombre de riqueza.

La idea esencial de riqueza es la de materia prima transformada por el trabajo o un servicio encarnado en forma material por el trabajo. Y, cuando decimos que en una comunidad aumenta la riqueza, no decimos económicamente que su tierra ha aumentado de extensión; sino que allí se producen tantas de aquellas cosas tangibles que tienen un valor íntimo, como, por ejemplo: edificios, máquinas, ganado, productos agrícolas y minerales, naves, vehículos, etc.; que su aumento acrece la riqueza de la comunidad y su destrucción la disminuye. Comúnmente usada, la palabra riqueza se aplica a todo aquello que tiene un valor en cambio. Mas, en realidad, algunas cosas consideradas como

riqueza, aunque confieran un estado de prosperidad a sus poseedores, económica y realmente no son riquezas, como las obligaciones, las hipotecas, las letras, los billetes de banco y otros contratos de transferencia de riqueza por riqueza. Aumentando el número de hipotecas, obligaciones, etc., no puede aumentar la riqueza de la comunidad, que comprende tanto a acreedores como a deudores. Por lo tanto, por capital se entiende la riqueza destinada a producir más riqueza; y nada por consiguiente, puede ser capital si no comprende aquellas cosas tangibles que tienen un valor intrínseco impreso por el trabajo. De manera que los verdaderos factores, en último análisis, de la producción, no son más que dos: tierra y trabajo, y la distinción que hacen en Economía Política todos los autores no es sino una subdivisión, tal como se haría entre trabajo más inteligente o más hábil.

Uniendo estos tres factores en la producción, podemos expresar, en frase simple, pero exacta, que en la civilización nuestra, la tierra suministra la materia prima, el capital presta sus instrumentos y el trabajo transforma esa materia prima en riqueza. En la división del producto, ésta se efectúa como en la de un valor cuantitativo entre socios. Producción = Renta + Salario + Interés. Es decir: a la tierra va una porción como *renta*; al trabajo, su parte bajo el título de *salario*, y, al capital, su parte con el nombre de *interés*.

Esta fórmula algebraica, mirada superficialmente, puede parecer muy simplista, muy unilateral y, por tanto, una fórmula muy ingenua. La complejidad de la civilización, fundada sobre un número infinito de intercambios de riqueza y de servicios, ha hecho olvi-

dar que al fin y al cabo cada individuo que toma parte en este movimiento de la producción no está haciendo cosa diferente a la que haría el hombre primitivo cuando debía treparse a un árbol para recoger frutos o esperar la calma de las olas para extraer peces del mar. Un hombre de nuestra época, aunque se dedique a una sola rama de una industria cualquiera, toma realmente parte en las demás industrias. Un sastre que trabaja en su oficio está virtualmente trabajando en un molino, por su porción de harina, en una panadería por su parte de pan o en otra comodidad que él obtiene cuando presenta el certificado de su trabajo en forma de moneda. Y es preciso no olvidar que el investigador, el filósofo, el profesor, el artista, el poeta, el sacerdote, etc., aunque no están directamente empleados, en la producción de la riqueza, están consagrados a producir para los otros un cierto número de cosas útiles, a procurarles satisfacciones intelectuales, para cuya consecución la producción de la riqueza no es más que un simple medio.

Además, todos estos hombres tienen el poder de aumentar considerablemente el poder productor de sus semejantes, en lo que concierne a esta misma riqueza, adquiriendo y difundiendo la ciencia, estimulando las fuerzas intelectuales de los que siguen sus enseñanzas y elevando su sentido moral. No es una máquina en la cual una cantidad de combustible engendra una cantidad igual de fuerzas. El que por un efecto cualquiera de su espíritu y de su cuerpo aumenta la suma de riqueza de que puede gozar la humanidad, el que ensancha el fondo de los conocimientos humanos o da a la vida mayor amplitud, más elevación, es, en

el más amplio sentido de la palabra, un productor, un obrero, un trabajador y gana honradamente un salario bien merecido. Diré más. El deseo de poseer riquezas es tan justo y tan noble como el de poseer conocimientos. Obtenerlas es sencillamente acrecer los poderes del individuo sobre la naturaleza, y este deseo es tan noble como el deseo de elevarse sobre la condición animal de que procedemos, y el que crea riqueza para sí mismo crea riqueza para la comunidad. La existencia de ricos y de pobres procede de que está roto el equilibrio en el cambio de servicios. Los servicios que un miembro de la sociedad tiene derecho a recibir de los demás, son los equivalentes de los que presta a los otros. Aquel que tiene el poder de obtener más servicios de los que da, es respetado como rico. Es pobre el que no puede recibir servicios equivalentes a los que da o está dispuesto a dar, porque, en nuestra civilización, existe hoy una fuerza formidable que impide a los que están dispuestos a trabajar, hallar las oportunidades para hacerlo.

\*

4 No hablemos del origen de la renta. Es un efecto de la producción a medida que la tierra va poblándose y a medida que el progreso da incremento a la producción. Sin ser economistas, todos conocen que ese precio que el trabajo y capital deben pagar para tener acceso a la materia prima, se eleva con el aumento de la población y con el progreso social. Lo que la conciencia humana no ha llegado a conocer todavía es que ese producto, cayendo en manos privadas, es causa de la pésima organización social, de la esclavitud industrial, de la falta de esa libertad económica, sin la

cual no es posible ninguna de las manifestaciones de la libertad: sea política, sea económica, sea social. La apropiación de esa parte de la producción por individuos forma un monopolio de todo lo más necesario e indispensable para la vida. Luz, aire, agua, tierra, sin las cuales no se concibe la existencia, se obtienen a precios de monopolio, y el monopolio de los medios de vida es la causa inmediata de la esclavitud industrial. Para abolir esa esclavitud bastaría abolir el monopolio de las fuentes de la vida y de la existencia.

\*

5 La fórmula científica, los términos de la Economía Política serán más o menos constatados, pero es la cuestión ética, el problema moral, lo que sacude todo el organismo económico sobre el cual está basada la civilización actual (proclamada por escritores y publicistas como el momento más glorioso que haya cumplido la raza humana) y que provoca la resistencia de la tradición cuando se trata de distinguir el producto social del producto individual.

\*

6 El monopolio de la tierra no tiene otro objeto sino permitir que una parte del producto del trabajo sea apropiada por el monopolista.

\*

7 El derecho a la vida, a la libertad, es decir, el derecho del hombre a sí mismo no es realmente un derecho aparte de la propiedad. Son dos aspectos de la misma, porque el derecho de propiedad, no es más que una expresión diversamente presentada del dere-

cho del individuo a sí mismo. El derecho a la vida y a la libertad, el derecho del individuo a sí mismo, presupone e incluye el derecho de propiedad, que es el exclusivo derecho del individuo a las cosas que su esfuerzo ha producido. Pero el derecho de propiedad privada es inherente a lo que se ha producido por el esfuerzo humano; no puede ser inherente a lo que el hombre no ha creado y que es un dón común dado a la humanidad por el Creador o por la Naturaleza. El derecho de propiedad privada, anexo al producto del esfuerzo humano, es, en realidad, un mero derecho de posesión temporal o accidental.

\*

8 La idea de que la propiedad privada de la tierra estimula el progreso, fué definida por el pensamiento de Arflour Lorenz, de que «la mayoría de la propiedad hace cambiar la arena en oro». Pero esta idea surge de la confusión de la propiedad con la posesión, que atribuye a la propiedad privada de la tierra lo que es debido a la seguridad de los productos del trabajo. Es muy natural que nadie haría costosos trabajos en el suelo si no tuviera cierta posesión privada de él, mediante la cual puede asegurarse los resultados del trabajo. Pero la propiedad privada del suelo, tal como hoy existe, sólo ha nacido con la usurpación y la fuerza. Recordad de qué manera se han hecho los repartos de tierra en la América Latina. En cuanto al progreso, ¡vaya un progreso que nos obliga a edificar, junto a las escuelas, cárceles y asilos, a luchar como una jauría de perros para asegurarnos la subsistencia, a entablar litigios continuos debido a la propiedad de la tierra,

a mantener ejércitos permanentes que de un momento a otro destruyan lo que la civilización ha acumulado en años y en siglos; un progreso que obliga a millones de seres humanos a vagar de un lado al otro del orbe porque no tienen derecho a un pie cuadrado de la tierra donde han nacido!

El remedio que nosotros proponemos y predicamos consiste en la absorción gradual de la parte de aquel producto que hemos visto que va al terrateniente en forma de renta, bajo forma de impuesto, devolviendo al individuo todo lo que hoy el Estado, sea como recursos nacionales, de provincias o de municipio, saca del producto del trabajo.

\*

9 Reflexionad sobre el método actual de impuestos:

Transfiere el peso de los tributos, de aquellos que podrían soportarlos a aquellos que están en peores condiciones para sufrírselos.

Complica los negocios y el comercio de un país manteniendo el enorme peso de los impuestos sobre el pueblo en general, por miedo de que los intereses creados sufran si aquel peso se aligera.

Promueve la corrupción de empleados públicos porque el provecho de los negocios depende de la acción política.

Dejando libre o casi libre de todo tributo el valor de la tierra, se contribuye a aumentar de dos modos la miseria: primero, la esperanza de los propietarios de las tierras en conservar los terrenos por pura especulación, esperando una elevación de precios debida al progreso, cierra el acceso a los agentes naturales:

tierra, trabajo y capital, a los cuales no se abren las puertas sin el pago de una renta que hace muy escaso el provecho; luego, cuando el progreso aumenta, surgen de tanto en tanto aquellas desastrosas especulaciones sobre el valor de la tierra que arrastran tras de sí las enormes depresiones industriales que son, en el orden económico, iguales a los cataclismos que destruyen ciudades enteras.

A este sistema proponemos sustituirlo por un solo impuesto que: 1.º no pese o pese lo menos posible sobre la producción, 2.º que sea exacto, de pocos gastos y conduzca a la honradez, 3.º que sea seguro y fijo, y 4.º que pese con igualdad.

Mi imaginación no puede crear una descripción de lo que sería el mundo, lo que sería esta República, si, abolidas las trabas sobre las industrias, abolidas las barreras que impiden la libre entrada a todo lo que nosotros podríamos cambiar con el producto de nuestro trabajo, rompiéramos por otra parte la barrera del monopolio de la tierra.

A los que nunca han reflexionado sobre este tema, parecerá infantil y muy simple la proposición de una medida fiscal tan sencilla en su forma y en su aplicación.

\*

10 El tema es vastísimo, no porque sea complicado, sino porque en los albores de un movimiento que sacude la inercia mental, la lucha, las pasiones, el hábito, el interés, la tradición, encierran a la verdad y la ofuscan. Necesitaría tener empeñado varias veces vuestro tiempo, para continuar sobre el mismo tema, explicar el origen del capitalismo, que debe su poder

y su insolencia exclusivamente al monopolio de la tierra que permite acumular grandes masas de capital en manos de un Duque de Westminster, por ejemplo, del Duque de Belford, de los Rostchids, Vanderbilts, etcétera.

\*

11 Necesitaría mucho espacio para exponer la ineficacia de muchos remedios propuestos por los que miran con horror la posibilidad de una mayor economía en el gobierno, de una mejor educación de las clases de trabajadores para conseguir el aumento del salario, de una cooperación del trabajo y capital, de una dirección gubernamental y de una distribución más general de la tierra.

Tampoco se puede exponer todas las objeciones presentadas a nuestra doctrina ni demostrar cómo todas ellas han sido de antemano refutadas y, junto con estas, todas las falacias del proteccionismo, cuya ola funesta, después de la guerra franco-alemana del 70 y la guerra americana de Secesión, arrolló a casi todo el mundo civilizado.

Paso casi por encima la objeción de que el impuesto al valor de la tierra puede ser transferido al arrendatario. El precio del arrendamiento está determinado por la producción o, mejor dicho, por la voz del mercado, a pesar de que podrán disentir sobre pequeñas diferencias. El que trabaja la tierra debe ganar el interés del capital y la remuneración del trabajo que allí emplea. Si el Estado absorbe, en forma de impuestos, todo o parte de este precio, el dueño no puede cargarlo al arrendatario, porque no podría ganar el interés de su capital y el salario de su trabajo. El

impuesto sobre un artículo producido por el trabajo se transfiere al consumo, porque el productor puede limitar la producción, pero la tierra no se puede retirar del mercado; el dueño está obligado a trabajarla o a darla en arriendo al precio del mercado; de lo contrario, no puede pagar ese impuesto.

He mencionado esta objeción porque a cada paso tropiezo con abogados que no entienden cómo el impuesto no puede transferirse al que usa la tierra.

Hay una objeción que parece formidable: la de que el impuesto al valor de la tierra no daría lo suficiente para sufragar los gastos del Estado. Tomás Shearman, en una pequeña obra, llena de datos y de cifras, probó que, desde el año 1898, solamente un sesenta por ciento de la renta de la tierra de Estados Unidos, hubiera sido suficiente para pagar los gastos y hasta los despilfarros de la administración pública. Las valuaciones no son exactas en ningún país del mundo, porque los dueños de la tierra, a semejanza de los nobles franceses antes de la Revolución, que consideraban una vergüenza pagar impuestos, han gozado siempre del privilegio de pagar lo menos posible. Pero el impuesto al valor de la tierra, no estando todavía la sociedad preparada para dedicar toda la renta económica a los gastos del Estado, iría gradualmente aumentando, paralelamente con la abolición de los impuestos que multan a la industria y al trabajo. La producción libre de trabas y con las fuentes naturales que irían haciéndose más accesibles, aumentaría extraordinariamente. El aumento de producción trae el aumento del valor de la tierra; aumento, por tanto, de entradas para el Estado, es decir, empleo de esas entradas en beneficio

de la comunidad; y dadas las posibilidades y las maravillas del poder productivo, llegarían momentos en que la comunidad sería extraordinariamente rica. Los servicios públicos estarían al alcance del más humilde; y esto prescindiendo de ciertas economías en gastos superfluos que se irían produciendo por sí mismas. La burocracia, las iglesias, los ejércitos, son hoy la válvula de escape de una sociedad en la que no produciéndose ni distribuyéndose riqueza con eficacia y con justicia, tenemos que ir a los presupuestos del Estado para asegurarnos un porvenir, porque, en las condiciones actuales, el miedo del mañana se presenta siempre, hasta para los millonarios, pavoroso como el infierno.

## República de El Salvador

Rentas y gastos en 1916.

₡ 12.779.084.59	v/ de las rentas.
₡ 12.468.087.42	v/ de los gastos.
₡ 310.997.17	v/ de SUPERÁBIT.

Rentas en 1916	₡ 12.779.084.59
Rentas en 1915	₡ 10.625.173.90
Más en 1916	₡ 2.153.910.69

Servicio de Crédito Público—intereses y amortización de deudas—₡ 2.168.572.42.

La GUERRA MUNDIAL, por lo visto, no ha desorganizado los servicios públicos ni producido siquiera una *crisis fiscal* en la República de El Salvador. El presu-

puesto de 1916 fué saldado con un SUPERÁBIT de ₡ 310.997.17, y el servicio de sus deudas se hizo con toda regularidad. Tuvimos, pues, razón cuando afirmamos en 1916, que *«el desorden económico que estamos padeciendo tiene causas internas bien definidas y se hubiera producido aun sin la guerra europea.»* Entonces comparamos la posición económica de Costa Rica y de Colombia para demostrar la verdad de nuestro acerto; ahora puede hacerse igual cotejo entre Costa Rica y El Salvador y se llegará al mismo resultado.

Y como a las causas de desorden señaladas entonces, hay que agregar otras de suma gravedad notoria, tenemos que concluir previendo una nueva complicación económica y también política, puesto que la ley que se vota actualmente en el Congreso, es un violento ataque a los principios que rigen el impuesto, al derecho de propiedad y a la Constitución, que lo declara inviolable, que limita el Poder Legislativo, que no le ha conferido la atribución de regular o fijar el cambio. ¿Es omnipotente el Congreso? — EREMITA

6 Julio 1917.

GUIELERMO VALENCIA, el eximio poeta y orador colombiano, maltratado por algún aventurero del periodismo, escribió: PARA SER PERIODISTA ES NECESARIO SER CABALLERO.

«En Colombia las tres guerras más sangrientas, más largas y más populares, se le hicieron precisamente a tres de los magistrados *más respetuosos de la ley y deferentes a la opinión*: los señores MARIANO OSPINA, Aquileo Parra y Manuel A. Sanclemente».

CARLOS ARTURO TORRES

# PEQUEÑAS NOTAS

## ENTRESACADAS DE ARTÍCULOS VIEJOS

El ideal de la cultura inglesa es el *cultivo del hombre*. Y son los pueblos que han aceptado este ideal los que han hecho el mayor número de grandes conquistas, no sólo en el dominio de las cosas morales, sino también en el de las matemáticas puras, la astronomía, la mecánica, la termodinámica, la luz, la electricidad, la química y las ciencias naturales.

\* \* \*

Leyendo la *Gaceta Oficial*—decíamos en 1914—, tiene que sentirse desconcertado quien no crea en la eficacia de las leyes de los hombres, cuando se apartan del orden natural. ¡Qué abrumadora florescencia! ¡Cómo si la bondad de los códigos no estuviera generalmente en razón inversa de su prolijidad! Las leyes de la naturaleza son muy sencillas, muy claras y abarcan el infinito. Sus moldes son inflexibles y es sin embargo inimaginable la diversidad de modalidades de acción que en ellos caben. Nuestros mandatarios proceden al revés: multiplican la letra, malgastan fuerzas y casi nada bueno alcanzan... ¡Con cuánta facilidad legislan los hombres y qué mal lo hacen!

\* \* \*

¡Es curioso! Por haber sido Wilson profesor, se anotan en contra de los intelectuales en general, las vacilaciones y los desaciertos que se atribuyen al Secretario de Estado BRYAN, dando a entender que la alta cultura y el bagaje de teorías apropiadas son contra-productos para el gobierno político de los pueblos. ¿Pero qué llamarán alta cultura? ¿y qué, teoría? El buen gobernante y el buen universitario deben reunir exactamente los mismos caracteres de cerebración, de potencia volitiva y de justeza de miras. La investigación en el laboratorio, la solución de los problemas sociales, el atinado manejo de los hombres y de las cosas, exigen dotes que son de un mismo orden fisiológico. Todo hombre esclarecido, resuelto y consecuente en sus actos sucesivos, todo hombre de *gran acción*, es forzosamente un gran intelectual. Si erramos, en E. U. U., o en Costa Rica, es precisamente por imprevisión, por falta de reglas generales, por incapacidad para la abstracción; en una palabra, por falta de teoría.

Noviembre de 1914.

\* \* \*

¿Que la necesidad carece de ley? ¡Ay del individuo o del pueblo que no deseche con viveza semejante falsedad!

\* \* \*

Entre las novedades de la pedagogía, en Costa Rica, están las fiestas organizadas o consentidas por los directores de escuelas y colegios en celebración de los propios días onomásticos. Y ésto en los mismos edificios escolares y en horas lectivas. ¡Qué modestia de parte de los directores! ¡Y qué espontaneidad en el homenaje de los alumnos! — E. J. R.

## El Resplandor del Ocaso

Hace algunos años, inició una gran revista de Leipzig, una investigación sobre la cuestión algo vaga de «Cómo se deben leer las obras de imaginación, las creaciones de los poetas y de los narradores».

Mi contestación fué: «Con simpatía». ¿Es preciso desleír este laconismo en una explicación? No me parece.

Un libro de ciencia no tiene necesidad de la simpatía del lector. No pretende agradar, sino enseñar, convencer con pruebas. No se dirige al sentimiento y al sentido estético, sino a la razón y al criterio.

Pero el caso de una obra de imaginación es diferente. Está obligada a agradar. Y no podrá llenar este cometido si el lector abre sus páginas con hostilidad. Ningún grado de belleza es capaz de vencer la mala voluntad hondamente arraigada de antemano. Si se detesta a alguien, todo cuanto le pertenece parece desagradable: su fisonomía, su voz, sus gestos, toda su manera de ser. Y sin embargo, la misma persona podrá parecer encantadora a sus amigos, o simplemente a las personas que no abriguen prevención contra ella. Si se tiene prejuicios contra un autor, por más valor que tengan sus libros, no agradarán jamás. En toda la literatura del mundo, no hay un solo libro que se imponga por su perfección absoluta. Toda obra humana tiene sus lados flacos que se prestan a la crítica cruel. Los enemigos no verán ni sentirán en él más que sus puntos vulnerables.

Hasta aquí, Max Nordau. Seguimos nosotros. Con simpatía hemos leído el *Resplandor del Ocaso*, de Francisco Soler, y hemos pasado una hora de contento.

No leemos nunca composiciones literarias de un autor que nos sea antipático. (Ojalá se nos tomara esto en cuenta cuando emitimos una opinión desagradable!). Y entre los novelistas del país ninguno nos es más simpático que Paco Soler, por lo alentado y lo dramático. Por eso mismo, antes de guardar su precioso libro, hemos borrado algunas palabras. Por ejemplo, las del Dr. Astorga de la pág. 86: «La selva como la melancolía, ensancha el espíritu, es oscura, hace pensar, provoca la funesta costumbre de pensar, como expresó Shakespeare; hace pensar y hace sentir. Si no fuera por miedo de parecer pedante diría que los pedazos de bosque que quedan son ratos de melancolía de la tierra». Y hemos escrito al margen: «No, Lía, la selva no es triste ni oscura. La selva ensancha el espíritu, hace pensar, provoca la fecunda costumbre de pensar; hace pensar y hace sentir. Si no fuera por miedo de parecer doctor le diría a Ud. en griego que los pedazos de bosque que quedan son ratos de *leucocolia* de la tierra».

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

### VOCABULARIO GRIEGO:

*Drama*—acción, vida.

*Draco*—ejecutar (en inglés: *perform*).

*Melancolía*—depresión mental por mal funcionamiento del hígado.

*Melan*—negro.

*Leuco*—blanco.

*Cole*—bilis.



## ¿Y los fondos?

La exportación de 1916 fué de ₡ 23.916.498 según el *Informe* de la Dirección General de Estadística. Supongamos igual a ella la de 1917 a 1918. Rebajemos a esta suma el 33,33 0/0 por gastos de toda clase y nos quedará ₡ 15.944.332 cuyo 70 0/0 es ₡ 11.161.032. ¿Quién va a aprontar esta enorme suma para pagar *previamente* el valor de las letras expropiadas? La ley no lo dice. La expropiación se hará, pues, sin previa indemnización? Se considerarán como dinero contante y sonante las órdenes de pago de la *Alla Comisión* contra el Tesoro Nacional? O va la *Alla Comisión* a pagarlas así como las vaya vendiendo, mediante el pequeño *agio* de diez puntos sobre el tipo de cambio fijado para la compra? Estas son cosas que el público desea saber, y no decimos que también desea ver la cara de los *constituyentes* de ayer, *legisladores* de hoy, ante el problema de moralidad privada y pública que tienen que resolver (*constituyentes*, limitaron los poderes públicos y le señalaron claras atribuciones a cada uno de ellos; *legisladores* ¿pisotearán esos límites y se arrogarán atribuciones que la Constitución no les confiere?) porque la cara no significa nada, cuando los procedimientos hablan a gritos.—E.

6 de Julio 1917.

Imp. y Librería de Falcó & Borrásé. San José, C. R.

## Bibliografía

La Casa Editorial PROMETEO, de Valencia, acaba de poner a la venta los tomos V y VI de las *Obras completas de Shakespeare* que tiene en publicación y que constarán de doce volúmenes. Es un verdadero alarde de económico del precio y el buen gusto que campea en estos libros, avalorados con hermosas portadas a todo color.

En esta edición, primera íntegra y fiel de la obra del gran trágico inglés, abundan curiosas notas que dan gran interés al texto original.

Van publicados los siguientes:

Tomo I.—*William Shakespeare*, por Víctor Hugo. *Hamlet, príncipe de Dinamarca. Los dos hidalgos de Verona.*

Tomo II.—*Otelo, el moro de Venecia : Medida por medida : Cuento de invierno.*

Tomo III.—*Romeo y Julieta : Bien está lo que bien acaba : Comedia de equivocaciones.*

Tomo IV.—*El mercader de Venecia : Penas de amor perdidas : Cimbelino.*

Tomo V.—*Macbeth : Troilo y Crésida : El rey Enrique VIII.*

Tomo VI.—*El rey Lear : Coriolano : Como gustéis.*

De venta en la librería de Falcó & Borrásé. Precio del tomo empastado: ₡ 2.00; en rústica ₡ 1.25.

Sumario del número 73 de la interesante revista ilustrada CROMOS, de Bogotá:

Los hermanos González Valencia, caricatura por Moncrayón: El derecho internacional en América, por el doctor Arturo Campuzano Márquez : Artículo e ilustraciones relativas a Aubrey Beardsley : Retrato de la señorita medellinense Dolly Corder Restrepo : Parece mentira... versos de Restrepo Gómez : «Habla mi tío», por El Dr. Mirabel Numerosas vistas nacionales : El Peregrino, por C. A. Torres Pinzón : El bien ajeno, cuento ilustrado, por Luis Tablanca : Vistas de la guerra europea : Crónica de la moda de París, con figurines, etc. etc.

De venta en la Librería Estelero, Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica. Este, N.º 42. Precio: 35 céntimos ejemplar.

- 34 *El Mundo y el Hombre*, C. Perrini.  
 35 *Degeneración social y Alcoholismo*, M. Legrain.  
 36 *Acción socialista*, J. Jaurès 2 tomos.  
 37 *Los sugestionadores y la muchedumbre*, P. Rossi.  
 38 *El siglo de los niños*, Ellen Key, 2 tomos.  
 39 *La Nueva Pedagogía*, G. Rodríguez.  
 40 *Los comienzos del arte*, E. Grosse, 2 tomos.  
 41 *El paro forzoso*, M. Thury.  
 42 *El derecho del más fuerte*, G. Cimbali, 2 tomos.  
 43 *El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo*, E. Cicco-  
 tti, 3 tomos.  
 44 *Los sindicatos y la libertad de contratación*, J. Gascón,  
 2 tomos.  
 45 *Fuerza y Riqueza*, A. Nicéforo, 2 tomos.  
 46 *Génesis y función de las leyes penales*, M. A. Vaccaro,  
 2 tomos.  
 47 *La Moral. Principios de Ética*, Hffd. Hoing.  
 48 *La Moral. La moral individual, social y de familia*,  
 H. Hoffding.  
 49 *La Moral. La libre asociación de cultura*, Hoffding.  
 50 *La Moral. La cultura religiosa y filantrópica. El Es-  
 tado*, H. Hoffding.  
 51 *Los fundamentos económicos de la protección*, S. N. Pa-  
 tten.  
 52 *Premiaciones y reminiscencias*, S. Valentí Camp.  
 53 *Los héroes, el culto de los héroes y lo heroico en la  
 historia*, T. Carlyle, 2 tomos.  
 54 *Amor y matrimonio*, Ellen Key, 2 tomos.  
 55 *El éxito de las naciones*, E. Reich, 2 tomos.  
 56 *La herencia en las familias enfermas*, I. Orchansky.  
 57 *Individualismo y socialismo*, A. Albornoz.  
 58 *Voces de nuestro tiempo*, A. Chiapelli, 2 tomos.  
 59 *Atisbos y disquisiciones*, S. Valentí Camp.  
 60 *El Estado socialista*, A. Menger, 2 tomos.  
 61 *Humanismo integral*, L. Lacour, 2 tomos.  
 62 *Las leyes de la evolución social*, Th. Hertzka, 2 t.  
 63 *Sociología zoológica*, A. Asturaro.  
 64 *La Anarquía. Los Agitadores. Max Stirner*, P. J.  
 Proudhon, H. Zoccoli.  
 65 *La Anarquía. Los agitadores: M. Bakunin, P. Kropot-  
 kin, B. R. Tucker*, H. Zoccoli.  
 66 *Teoría de las fuerzas sociales*, S. N. Patten.  
 67 *La Anarquía. Las ideas. Los hechos*, H. Zoccoli.  
 68 *La Anarquía. Apreciaciones éticas*, H. Zoccoli.

# LEA

EDICIONES MINÚSCULAS  
 TOMOS DE SELECCIONES

DIRIGIDAS POR JULIÁN MARCHENA Y CARLOS SALAZAR GAGINI

ACABA DE APARECER EL TOMO V, TITULADO:

El Resplandor del Ocaso  
 CUENTOS, de Francisco Soler

- 69 *El Espiritu de la Ensenanza*, J. Caballero.  
 70 *Delinquentes astutos y afortunados*, L. Ferriani, 2 t.  
 71 *La vida eterna y la fe*, W. James.  
 72 *La Educación desde el punto de vista sociológico*,  
 J. Elslander, 2 tomos.  
 73 *El Genio*, G. Bovio.  
 74 *Pasividad económica*, M. A. d'Ambrosio, 2 ts.  
 75 *La Teoría del comercio internacional*, C. F. Bastable.  
 76 *Las mujeres y los niños en la vida social*, L. Ferriani.  
 77 *El nuevo derecho internacional*, E. Cimbali.  
 78 *El desenvolvimiento mental en el niño y en la raza*,  
 J. M. Baldwin, 2 tomos.  
 79 *Ilusiones socialistas y realidades económicas*, Bellet.  
 80 *La explotación infantil*, L. Ferriani.  
 81 *El Hilozoísmo como medio de concebir el mundo*.  
 Edmundo González-Blanco.  
 82 *Progreso y pobreza*, Henry George, 2 tomos.

## AGENTES DE «COLECCIÓN EOS»

<i>San José</i> .....	José Marín
<i>Heredia</i> .....	Rafael J. Elizondo
<i>Cartago</i> .....	José Fumero
<i>Alajuela</i> .....	Ramón Méndez
<i>Limón</i> .....	Raúl Alvarado
<i>Puntarenas</i> .....	Alfredo Moya
<i>San Ramón</i> .....	Nautilio Acosta
<i>Santo Domingo</i> .....	Hu ́nberto Zamora
<i>Naranjo</i> .....	Demetrio Cordero
<i>Puriscal</i> .....	J. Fausto Salazar
<i>Diriá (Guanacaste)</i> .....	Calixto Gutiérrez
<i>Coronado</i> .....	Juan Méndez Chaves
<i>Liberia</i> .....	Fabio Aráuz
<i>Juan Viñas</i> .....	Jaime Marín P.
<i>Barba</i> .....	Ismael Conejo C.

PUNTOS DE VENTA DE EOS: En San José, (Costa Rica),  
 Librerías Falcó y Borrásé, 7.<sup>a</sup> Avenida, Este, 42; Lectura  
 Barata, frente al Correo; Alsina y Trejos Hermanos.

IMPRESA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN  
 CASA EDITORIAL

FALCÓ Y BORRASÉ

SAN JOSÉ DE COSTA RICA : CENTRO AMÉRICA

# Colección Eos



# Biblioteca RENOVACIÓN

CUADERNOS DE CIENCIAS Y LETRAS

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibáñez..... ₡ 0.15
- 2 *Clopinel*, Anatole France..... 0.15
- 3 *Homenaje a Francia*, Varios..... 0.25
- 4 *La escuela altruista*, Anselmo Lorenzo.. 0.15

EN PRESA:

- 5 *Reminiscencias*, José María Cordovez Moure.

---

## EDICIONES MINÚSCULAS

Directores:

C. SALAZAR GAGINI - JULIÁN MARCHENA

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 *Las Fantasías de Juan Silvestre*, C. Lira. ₡ 0.25
- 2 *Oro de la Mañana*, Rafael Cardona..... 0.25
- 3 *Cuentos Grises*, Carlos Gagini..... 0.25
- 4 *Prosas*, José A. Silva..... 0.50
- 5 *El resplandor del ocaso*, Francisco So'er. 0.50

EN PRESA:

6. *La canción del barrio*, Evaristo Carriego. 0.50

---

## Colección EOS

Revista quincenal, dirigida por don Elías Jiménez Rojas. 32 páginas de lectura científico-social por **10 céntimos.**

Se venden colecciones empastadas al precio de ₡ 2.70 el tomo.

# EOS

CUADERNOS 39 - 40

CONTENIDO:

1.º—EL 14 DE JULIO DE 1917 EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA:

I. Ecos del Homenaje hecho a Francia por los diarios *La Información* y *La Prensa Libre* y por don Mario Cruz, quien quiso «aprovechar la gloriosa festividad de Francia—que es también la del mundo libre—para condensar en homenaje a la Grande Hermana Latina, todo el amor y toda la admiración que por ella siente la mayoría pensante de Costa Rica.»

II. Fragmento de un discurso ante el Sr. Representante de Francia.

2.º—BENDICIÓN DEL FRANCÉS Y DEL GERMANO, para EOS.

3.º—LA SONRISA DE FRANCIA, para EOS.

4.º—LOS HERIDOS DE PIEDRA, para EOS.

5.º—DESCARTES, LAVOISIER, PASTEUR.

6.º—FLORILEGIO. POR G. F. R., para EOS.

7.º—BIBLIOGRAFÍA.

## INDICE DE AUTORES

VALERIANO FERNÁNDEZ FERRAZ—Catedrático español, doctor en Filosofía y Letras, Fundador de la Segunda Enseñanza en Costa Rica, Director General de las Bibliotecas Nacionales.

CARLOS GAGINI—Lingüista, Pedagogo, Director de la Biblioteca Nacional de San José.

ALBERTO BRENES CÓRDOBA—Profesor de Latín, Profesor de Derecho, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

JOSE MARÍA ALFÁRO COOPER—Profesor de Castellano, Director General de Estadística.

VÍCTOR GUARDIA QUIRÓS—Profesor de Derecho.

ALEJANDRO ALVARADO hijo—Abogado, Senador.

GUILLERMO VARGAS—Abogado y Periodista.

RAMÓN ZELAYA—Profesor de Derecho.

NAPOLEÓN QUESADA—Profesor de Castellano en el «Liceo de Costa Rica».

MARÍA ISABEL CARVAJAL (CARMEN LIRA) Escritora, Institutriz.

FRANCISCO SOLER—Escritor.

RÓMULO TOVAR—Profesor en la Escuela Normal.

RICARDO FOURNIER QUIRÓS—Pasante de Abogado.

ASDRÚBAL VILLALOBOS—Escritor y Estudiante de Derecho.

## Bibliografía

En esta Guerra Grande, cual en todas las modernas— y también a su modo, en las antiguas— obra tanto la pluma como las demás armas, ofensivas y defensivas. Si no fuera pedante, bien pudiera citar lo del Tasso en la introducción de su *Jerusalén*, del «pecho» y de la «mano», pensamiento y acción... de los guerreros. Tengo a la vista muchísimos folletos bélicos...

Pero ninguno de los leídos me parece tan curioso y propio a esparitar el sentido común, como el de un Pastor luterano alemán, traducido al francés y perpetuamente comentado por el Obispo católico de Langres y Arzobispo de La Odisea, «in partibus», varón doctísimo, como es natural, en Sagradas Letras y muy elegante escritor y humanista.

Por supuesto que Monseñor Herschen, traductor y comentarista ilustre, duda sobre si el autor, dicho Dunkman, llámase así o se disfraza de *hombre tenebroso*.<sup>1</sup> Pero lo cierto es que pretende hacer de la Biblia su linterna; porque titula su obra *La Gran Guerra a la luz de la Biblia...* como Antiguo Testamento, como Nuevo Testamento y como Biblia en junto.

Y como esta segunda parte le da tanto que hacer al «hombre oscuridad», este pastor terrible se alza con *Toda la Biblia* y sigue alumbrando su tenebrosa tesis—de que Alemania es ahora el Pueblo de Dios como lo fué Israel en aquel tiempo. Sólo que esta «síntesis» hija del doble «análisis y la osadía más pecadora» ocasiona el comentario y la versión.

Lo primero y más llano con que da el traductor francés, es la ingenua llaneza del Pastor Dunkmann en su «nueva interpretación de la Biblia «ad usum puerorum germanorum»—para uso de los niños alemanes—. Por manera que trabajaron en balde no solamente San Jerónimo y los Setenta, sino el Cardenal Belarmino y hasta el propio Lutero y demás doctores, romanos, ortodoxos y protestantes, ¡hasta que ha dado en el clavo este *hombroscurvo!*...

El cual afirma que el Pueblo de Dios fué «guerrero» y adoraba al «Señor de los ejércitos», porque así lo nombraba

<sup>1</sup> Dunkmann: oscuridad-hombre.

San José, C. R.

# COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

## El 14 de Julio de 1917

en San José de Costa Rica

I

### MENSAJE

*Yo rimo para Francia, con alma campesina  
fresca como un arroyo, fuerte como una encina,  
el saludo afectuoso que en mi verso le envía  
la sencillez del campo, la paz de la cabaña,  
la majestad tranquila y azul de la montaña,  
y todo lo que es rústico en esta patria mía!*

*Porque mi alma es huraña cual la moza campestre,  
y si tiene un perfume . . . es de lirio silvestre . . .  
porque cuando en sus locas travesuras el río  
me ha copiado en su espejo con un suave murmullo,  
he sentido deseos de seguir siendo suyo;  
porque entre los hondones de mi espíritu umbrío*

en himnos de victoria; no propia suya, del pueblo, sino de su Señor a quien llama «hombre de batalla». Este «qui pro quo» del osado exegeta, es la primera falsedad con que abusa de su inocente lector escolar, como si quisiera llamar a sí a los niños, no para darles la verdad y la vida, sino las falacias que inventa.

Porque semejante Pastor escribe para las escuelas y tiernos escolares, que se apacientan, naturalmente, en la Santa Biblia, y con su «donosa» interpretación, más que ignorante impía y blasfema, mezcla la historia de Prusia y sus grandes hombres, siempre con peculiar desparpajo y abusos de confianza. Si bíblico enmienda la plana a los Santos Padres, histórico deja tamañito a todo narrador serio.

Pero el mentir tiene también sus dificultades. «Dulce ilusión!»—dice el señor obispo en su comentario.—«¿Se olvidaría el Autor, de los orígenes del ducado de Prusia? No importa: siempre podemos recordarle que Alberto de Brandeburgo, gran Maestro de la Orden teutónica, faltando a sus deberes con la Iglesia y el Imperio, abandonó, por consejos de Martín Lutero, la regla de su Orden, se apoderó de sus bienes y se casó para formar un ducado hereditario.»

Sigue diciendo Su Ilustrísima del mentado Alberto: «Así se hizo primer duque de Prusia, mirando también él, primeramente, sus tratados y juramentos como «des chiffons de papier». Hizo de todos los bienes de las iglesias, incluso las campanas, la primera renta de su Estado soberano»... (Véase J. Jansens *L'Allemagne et la Reforme* III, p. 79-86). Este caritativo recuerdo episcopal me parece un «tanque inglés» contra las trincheras alemanas.

VAL. F. FERRAZ

De La Información

## BIBLIOTECA RENOVACION

Acaba de ponerse a la venta el cuaderno LA ESCUELA ALTRUISTA, original de Anselmo Lorenzo. Contiene los siguientes trabajos: *La escuela altruista, Lo absoluto, La obra del proscrito, Contra la ignorancia, Grandeza del débil, Entre dos evoluciones.* Vale **15 céntimos** el ejemplar.

*bulle un ansia de amores para el agua y la planta,  
para el bosque y el monte que en su erguida garganta  
tiene un collar de flores, he escuchado el mensaje  
que en cadencias sonoras me trajeron sus voces,  
para luego alejarse entre risas y adioses  
al mirarme orgulloso por servirles de paje!*

*Estos campos fecundos, que cual cálida hembra  
en el rubor del surco que provoca la siembra  
dan un beso de flores y de espigas de oro,  
a los vuestros, oh Francia, campos yertos y estoicos,  
les envían por bravos, por valientes y heroicos,  
entre un hurra de palmas un aplauso sonoro!*

*La montaña que altiva y arrogante avizora  
con sus ojos azules,—donde nace la aurora  
que descende inconsútil como un mágico tul—  
al mirar la azulina transparencia del río  
que va siempre cantando y temblando de frío,  
os recuerda que tiene, como vos, sangre azul!*

*Esta tierra morena, con temblor de doncella  
me ha contado sus ansias de que venga Mireya  
aromando la senda con su planta liliál;  
si el cañón agorero ha turbado su idilio,  
esta tierra morena, hará leve el exilio  
con sus flores y palmas y su sol tropical!*

ASDRÚBAL VILLALOBOS

Nota del Editor: Esta bella composición debe ser leída pronunciando a la costarricense: *llo* igual a *yo*, *ces* igual *ses*, etc.

HACE días que leo y reflexiono sobre eso de la Bastilla y otras destrucciones, sobre la «Revolución» que alguien ha llamado «Disolución»...

Por cierto que uno de tantos entre mis amigos, viéndome, ayer no más, envuelto en historias y filosofías de la historia, dijo: «¿no habría sido mejor conservar entera la Cárcel, hasta para el Rey y lo demás?... Ahí está la Torre de Londres»...

—Sí, hombre, ya sé donde vas a parar. Los ingleses son gente práctica y progresan conservando.

—¡Eso es lo que digo yo! Hay que evolucionar, más que sea en las llamadas revoluciones; no cortar por lo sano...

—Pero ven acá—te digo como en días pasados—, ¿quién sabe a punto fijo distinguir lo sano de lo enfermo, cuando corta?

....Porque, preciso es confesarlo, las barbaridades de la Revolución no llegaron entonces a las de ahora cometidas por los de enfrente; la tiranía imperial resulta inferior a la que ahora pretenden imponer los Imperios; su propaganda, sobre todo, de libertad legítima y cristiana democracia forma la atmósfera política y social que respiramos..., por más que con frecuencia la infesten menguados gobernantes y ciudadanos mínimos de ambos mundos y de todos los mundos posibles.

....Pienso que la cultura francesa, bien caracterizada de nacional en sí misma, por bella y buena, corre y penetra por el universo mundo, así en la tierra como en el cielo y sus profundidades.

Creo y confieso que en tan universal cultura «vivimos, nos movemos y somos», cuantos sentimos su



poderoso influjo en nosotros mismos y comulgamos con el limpio ideal francés, libre de impurezas de la realidad.

VAL. F. FERRAZ

ENTRE las naciones modernas ninguna, como Francia, ha esparcido por el mundo mayor caudal de altas ideas y de sentimientos generosos, ninguna como ella ha sabido cautivar a las almas que anhelan por ver realizarse un ideal de vida superior sobre la tierra. Misionera del bien y la justicia, ha enseñado al hombre nuevo a tener un culto por todo lo grande y todo lo bello, así como una palabra de reprobación para todas las iniquidades y todas las tiranías. Madre intelectual de un período histórico de hondos quebrantos, dulce y abnegada, haciendo dos porciones de la vida,—como de la buena madre canta su poeta incomparable—tomó el acíbar y nos dió la miel.

Por eso hoy que en fiero batallar vierte a raudales—con heroicidad sublime—la noble sangre de sus hijos, y ve cubrirse de ruinas el suelo sagrado de la patria, vuélvense a ella ansiosas miradas de todos los puntos del horizonte; porque en todos los lugares del planeta donde se alza el pensamiento, hay almas que con la suya vibran, frentes que con su dolor se abaten, semblantes que con sus triunfos, gozosos se iluminan!

ALBERTO BRENES CÓRDOBA

AGUILA posada en la cumbre de Europa, sobre el monte sagrado en donde se encierran los tesoros del pensamiento! Tú custodias las reliquias del arte

helénico, de la sabiduría de Roma, de cuanto fué marcado en los pasados siglos con el sello del genio; y volando de tiempo en tiempo por sobre los Pirineos, por encima de los Alpes o al través del océano, vas a esparcir en comarcas remotas el polvo de los siglos, convertido en simiente fecunda.

¿Tan preciada es la joya que guardas entre las potentes garras, que así la defiendes abriendo amenazante el acerado pico y erizando el penacho de tu imperial cabeza? ¿Qué llevas en ellas al remontar el vuelo? Azul, blanco, rojo... ¡Una bandera! La despliegas en los cielos, y resuena en la tierra un fragor tremendo: son tronos que se hunden, son cadenas que se rompen, son los hunos aniquilados en Chalons, son los árabes aplastados en Poitiers, son los germanos desbaratados en el Marne, son todas las hordas de opresores que huyen despavoridas cuando ruges con gesto homérico: «¡No pasaréis!»

Aun en la época sombría en que uncida al carro de la guerra del Grande Emperador contemplabas tristemente a Europa ensangrentada, llevabas escondido bajo el ala tu mágico estandarte para tenderlo sobre los pueblos aherrojados, como un iris de esperanza. «¡Sursum Corda!» gritaste a las naciones. «¡De rodillas!» dijiste a los tiranos; y fué tu divisa la Libertad, tu canto la Marsellesa, tu grito la Revolución.

Desde los confines del mundo todos los corazones están unidos al tuyo por hilos de luz. Te aman porque en tí se compendian los más nobles ideales humanos, porque eres generosa, abnegada y heroica, porque eres la Vestal del Arte, y el ángel custodio del Derecho;

porque eres ¡oh águila sublime! el alma de la Raza Latina.

CARLOS GAGINI

Hé ahí el secreto de vuestra eterna juventud, hé ahí por qué vuestra institución reverdece cuando el mundo se avejenta. Todo se une y se abraza en vuestro seno. En otras partes la literatura y la sociedad son cosas distintas, profundamente divididas. En nuestro país, gracias a vos, se compenetran. Nada os afecta el oír anunciar pomposamente la venida de lo que llaman otra cultura que pretende subsistir sin el talento: no paráis mientes en esa cultura que no hace al hombre ni más amable ni mejor. Mucho me temo que razas muy serias sin duda, puesto que nos enrostran nuestra ligereza, sufran algún desengaño en la esperanza que mantienen de conquistarse el favor del mundo por otros medios distintos de los que hasta hoy han dado el éxito. Una ciencia pedantesca en su aislamiento, una literatura sin jovialidad, una política taciturna, una alta sociedad sin brillo, una nobleza sin *esprit*, gentiles hombres sin cortesía, grandes capitanes sin sonoras arengas, no destronarán tan pronto, así lo creo, el recuerdo de la vieja sociedad francesa, tan brillante, tan culta, tan celosa de agradar. Cuando una nación, mediante lo que ella llama su seriedad y su aplicación, produzca, lo que nosotros con nuestra frivolidad, escritores superiores a Pascal y a Voltaire, más altos genios científicos que d'Alembert y Lavoisier, una nobleza más exquisita que la nuestra en los siglos XVII y XVIII, mujeres más encantadoras que las que sonrieron a nuestra filosofía, un arranque más extra-

ordinario que el de nuestra Revolución, más espontaneidad para abrazar las nobles quimeras, más valor, más don de gentes, más buen humor para afrontar la muerte, una sociedad, en una palabra, más simpática, más espiritual que la de nuestros padres, entonces y sólo entonces seremos vencidos. Crear un gran nombre, estampar medallones para la posteridad, no es dado a todos. Para ello es necesario vuestra colaboración. Lo que sin los Atenienses se hace está perdido para la gloria. Por mucho tiempo aún seréis vosotros los únicos capaces de discernir un elogio que haga vivir eternamente.

ERNESTO RENAN

dirigiéndose a la Academia Francesa

(Traducido por Carlos M. Jiménez O.)

**M**E pide usted <sup>1</sup> una página sobre la Francia y ésto es pedirme que sueñe en voz alta, que divague por entre asuntos hermosos. ¿Qué quiere usted? Cuando se va para viejo y no se cree en ninguna de las religiones establecidas por el tiempo y las costumbres, el pensamiento coloca en alguna parte el cielo que una madre creyente hiciera concebir, (que muy humano es esto de no desprenderse tan así no más de lo que promete felicidad). La ilusión de aquel lugar de eterna dicha en el cielo, ha sido sustituida en mi imaginación por la de uno en la tierra, en donde todos los ensueños nobles se realizan, y este sitio quimérico lo ha colocado mi fantasía en Francia. Hacia ella, como los musulmanes hacia la Meca,

1 Se dirige la Autora a don Mario Cruz.

me vuelvo cada vez que mi alma medita en lo Bello y en lo Noble.

No quiero que la visión de la Francia dolorida y sangrienta, asome entre mis líneas. Quédese para otros comentar tristeza tanta, que en mí, a fuerza de ser intensa se hace inefable. ¿Por qué no revivir en la memoria, la Francia de mejores días? ¿Por qué no descansar un momento a los pies de alguno de sus pastores de ensueños?

En mi interior se levanta una cabeza de líneas vigorosas que me mira con sus ojos místicos y escrutadores y me sonríe con su sonrisa bondadosa. Es la cabeza de Renán, del pensador honrado, que alumbrándose con su corazón, se internó valientemente en el mundo de fantasías con que el hombre cristiano pobló nuestro planeta, para buscar la verdad que encerraban.

Y sus labios se mueven y me hablan. Pero su decir, quizá porque se dirige a una mujer, no tiene la lógica que usó en sus investigaciones. El sabe que las mujeres no gustamos de la lógica sino de lo maravilloso, que tenemos miedo a la filosofía como los niños a lo oscuro y que a todos los pensamientos preferimos el del amor, porque lo comprendemos sin dificultad.

Así pues, Renán no me habla de sus dudas en San Sulpicio, ni de sus correrías por el Monte Líbano y por las riberas del Jordán. Tampoco me dice nada sobre Jesús o los Apóstoles ni hace comentarios sobre los Libros revelados. Narra con su sencillez clásica cosas de su Bretaña, romántica «poblada por una raza inepta para la industria y el co-

mercio», por una raza que ha dado tantos locos inofensivos y melancólicos: «Nosotros no haremos un Partenón, pues que nos falta el mármol, pero sabemos tomar a manos llenas el corazón y el alma; hay puñaladas que sólo nosotros conocemos; hundimos las manos en las entrañas del hombre y como las brujas de Macbeth, las retiramos llenas de secretos del infinito. La gran profundidad de nuestro arte está en saber hacer de nuestra enfermedad una seducción. Esta raza tiene en el corazón una eterna fuente de locura. El «reino de lo maravilloso», lo más bello que hay en la tierra, es su dominio. Solamente ella sabe ejecutar las extrañas condiciones que el hada Glorianda impone a quien desee entrar allí. El cuerno que no resuena sino al ser tocado por labios puros, la vasija mágica que no se llena sino para el amante fiel, no pertenecen en verdad más que a nosotros».

Me cuenta también de su niñez a la sombra de la antigua catedral de Tréguier poblada de santos con ingenuas y encantadoras leyendas, y de sepulcros de grandes caballeros y de grandes damas; de aquella iglesia de San Miguel a la que se llevaba a los niños el Jueves Santo a que viesen con los ojos vendados el vuelo que hacia Roma emprendían las campanas vestidas de encajes, para que las bendijese el papa; de su hermana Enriqueta cuyo ideal «era una vida laboriosa, oscura, rodeada de afecciones» y quien sin embargo dejó los suyos y vivió diez años en la Polonia, entre extraños, para que a él no le faltase con qué realizar la educación que deseaba. A esta hermana sacrificó Renán el sentimiento de iro-

nía que le despertaban las debilidades y la vanidad de los hombres. «Esta costumbre la maltrataba»—dice él en sus «Cartas íntimas»—«y yo la sacrifiqué a ella poco a poco. Ahora comprendo que tenía razón. Los buenos deben ser sencillamente buenos; cualquier punta de ironía, implica un resto de vanidad y desafío personal». El recuerdo del abuelo y de Pedro Renán su tío, resalta conmovedor en este relato sencillo: el primero se mostró patriota ardiente cuando estalló la Revolución, pero no quiso comprar bienes nacionales porque resultaban mal adquiridos; su tío era un vagabundo que frecuentaba las tabernas y leía el *Quijote* y el *Gil Blas* a la gente del pueblo y a los marineros. Renán descendía de una raza de marineros, entre los cuales los hubo que empleaban, a menudo las fuertes sumas ganadas trabajando sobre las olas, con peligro de su vida, en una diversión admirable por su crueldad y su desinterés: «Hacían calentar escudos en una sartén, luego los arrojaban a la calle y reían ante el alboroto que levantaban los esfuerzos de la canalla por apoderarse de ellos».

El acento toma en mi imaginación, inflexiones dulces. Es que Renán habla de «La Pequeña Noemi» «que murió porque era muy bella»:

«No comprendía sino vagamente, sin embargo entreveía ya que la belleza es un dón de tal manera superior, que el talento, el genio, la virtud misma no son nada a su lado, de suerte que la mujer verdaderamente bella, tiene el derecho de desdeñarlo todo, pues que reúne, no en una obra fuera de ella, sino en su persona misma, como en un vaso mirrino,

todo lo que el genio mediante fatigosa reflexión esboza con rasgos débiles». Su memoria evoca luego a la niña que parecía estar celosa de Noemi, menos bella que ésta, y a la que él, aunque menos amada, buscaba con más asiduidad porque la veía triste: «Me figuraba vagamente que la mujer que no es muy linda, es desgraciada y debe devorarse interiormente, como si hubiese errado su destino».

La voz del viejo pensador se aleja... pero todavía escucho sus palabras: «El menor acto de virtud, el menor grano de talento, me parecen infinitamente superiores a todas las riquezas, a todos los éxitos del mundo. Pero como tengo un espíritu justo, veo al mismo tiempo que el ideal y la realidad no hacen nada juntos; que el mundo, hasta nueva orden, está dedicado sin apelación, a lo bajo, a lo mediocre; que la causa que atrae a las almas bien nacidas, está segura de ser vencida; que lo verdadero en poesía, en literatura, a los ojos de las gentes refinadas, es siempre falso en el mundo grosero de los hechos cumplidos». «En realidad, no amo sino los caracteres de un idealismo absoluto, mártires, héroes, utopistas, amigos de lo imposible...»

Y la voz se pierde entre el murmullo de un sollozo que viene de la Francia tan querida, y tan lejana... y tan triste!

CARMEN LIRA

SEGÚN relata Rudyard Kipling, después de su visita a las líneas de fuego de Francia, lo que caracteriza a las tropas de la República es el afecto

de los soldados hacia sus jefes y de éstos para los soldados.

Me imagino las trincheras actuales de esta gran guerra como barricadas desmesuradas, pero semejantes a las que nos describe Víctor Hugo, levantadas por el pueblo de París en las memorables jornadas de 1830, y que fueron en definitiva plataformas construidas para recibir la muerte como sólo lo hacen los franceses, con la sonrisa en los labios.

Se peleaba entonces y se batalla ahora por la idea de libertad y había entre los burgueses, obreros, estudiantes, hombres, mujeres y niños, un noble lazo fraternal; todos se aprestaban a enfrentarse a las guardias veteranas en lucha desigual y mientras llegaba la granizada de balas se soportaba alegremente el rato, rivalizando en juegos de palabras o inventando toda clase de diabluras picarescas para disimular el hambre y para no pensar en el fantasma del peligro. La encarnación de la chispeante farsa y del heroísmo real del parisiense responde al nombre de Gavroche.

¿Recordáis aquel mozalbete que tenía unos cuantos hurtos en la conciencia, mensajero de billetes amorosos, que se servía de las grandes palabras como divisa, que abrazaba y hacía suyas las reivindicaciones del pueblo soberano, pero que no podía olvidar su argot gracioso y su burla eterna de pillete?

*Je ne suis pas notaire,  
c'est la faute à Voltaire.  
Je suis petit oiseau,  
c'est la faute à Rousseau.*

El gran poeta nos describe la calle de Saint-Denis en la de cadáveres, y frente a la barricada, el gorrion-

cillo humano, saltando de trecho en trecho, para llenar su cesto de proyectiles que serían preciosos a los ciudadanos de su partido. La metralleta no arredra al duendecillo. Por aquí yace el cuerpo de un sargento-reclinado a un poste, corre, lo desbalija y al ver que una bala que se le dedicaba, yerra y rebota sobre el cadáver, Gavroche exclama: *Fichtre! voilà qu'on me tue mes morts!*

Mas ay! poco después cae por allá, derribado para no levantarse más, el rapazuelo y vuela aquella pequeña alma para convertirse, gracias al verbo lírico a quien debía la vida, en un símbolo inmortal.

Pues, bien, Gavroche es hoy no sólo el parisiense, no sólo el mozalbete, es todo un pueblo, es el ejército de una nación entera que no quiere perecer y que se burla de la fuerza y de la muerte... Gavroche ha crecido y hoy se llama Pericard.

El teniente Pericard tiene un origen humilde, es un campesino de la región del mediodía de Francia, que se alistó voluntario al estallar la guerra de 1914.

Sus primeros pasos nos son desconocidos y no tienen importancia hasta el día en que su frase hizo brotar un rayo de luz sobre su frente.

Oigamos a Mauricio Barrés:

«He tenido deseos de conocer al héroe, al teniente Pericard. He aquí lo que me refirió. Estaba en el Bosque Quemado, el 8 de abril de 1915. Hacía tres días que nos batíamos; no quedábamos en la trinchera más que un puñado de hombres agotados, aislados completamente, bajo una lluvia de granadas. Me doy cuenta de pronto de lo precario de mi suerte. Mi exaltación me abandona, tengo miedo. Me acuesto-

detrás de un montón de sacos, al lado del soldado Bonnot; pero éste no se preocupa y sigue batiéndose como un león. Me repongo, su ejemplo me avergüenza y algunos compañeros se unen a nosotros. La trinchera está llena de cadáveres franceses. Hay sangre por todos lados. Salgo al frente. Al principio marchó con circunspección... ¡yo solo con todos esos muertos! Después, poco a poco me aventuro. Me atrevo a mirar los cadáveres y me parece que me miran. Detrás, desde nuestra trinchera, los pocos hombres me contemplan con ojos de espanto en los que leo: ¡Se va a dejar matar! En verdad que en sus parapetos los BOCHES redoblan sus esfuerzos. Sus granadas se precipitan y la avalancha se aproxima. Me vuelvo hacia los cuerpos extendidos. ¿Será inútil su sacrificio? Los enemigos van a volver, y nos arrebatarán nuestros muertos? La cólera se apodera de mí y ya no tengo recuerdo exacto de mis palabras ni de mis gestos, solamente sé que grité poco más o menos: ¡Hola, arriba! Qué hacéis por tierra, ¡arriba! ¡y vamos a rechazar a esos bribones! ¡ARRIBA LOS MUERTOS! ¿Fué locura? No, porque los muertos me respondieron. Me dijeron «te seguimos» y levantándose a mi conjuro sus almas se mezclaron a mi alma e hicieron un ancho río como de metal en fusión... En fin los alemanes se calmaron; pudimos consolidar nuestra barrera de sacos, y quedamos dueños de la trinchera...»

Oh, Pueblo prodigioso, que se inflama al magnético poder de la palabra, ayer la del Gran Emperador que comparó el resplandor del sol naciente con el brillo de su victoria, hoy la del oscuro teniente, que ilumina el cuadro de sangre y muerte al lanzar la bomba

explosiva de su mandato; país en cuya literatura se destacan el pañuelito bordado de Roxana que alza como un estandarte el singular cadete de Gascona, y la cartuchera inagotable de proyectiles y de esprit en la menuda diestra de Gavroche.

#### ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

DE la historia de la Revolución Francesa puede afirmarse lo que dijo Napoleón Primero de la historia de Francia: que debe ser escrita en cuatro o cinco volúmenes, o en ciento. Esa historia debería ser la cartilla de los que, en nuestros tiempos y en nuestros países, se dedican al oficio de estadistas, —por especulación. La dinámica social impone siempre una reacción a los abusos de las clases dirigentes, reacción cuya violencia se mide por la intensidad de las injusticias:

Cuando en un país de medianá cultura veáis un grupo de ciudadanos negar a otros su parte de sol en su patria, disponer a su antojo y en usos propios de los haberes de la comunidad, tened por seguro que una explosión de rencores acumulados se prepara. Si se ha dicho que los acontecimientos sociales se rigen por reglas tan precisas como las matemáticas, es porque, en más o en menos, según el temperamento y la raza de los pueblos, las mismas causas producen los mismos efectos. De ahí que para la verdadera y útil política, el conocimiento de la historia sea indispensable.

La Revolución Francesa, que principió hace ciento veintiocho años con una deslumbradora alborada, no

ha terminado aún. Muchos derechos del hombre y del ciudadano son violados con momentánea impunidad en América, algunos absurdos y supuestos derechos divinos de los reyes son sancionados en Europa.

Sin caer en la exageración de ver un Decálogo en la Declaración de los Derechos del Hombre, repito que el estudio de la Revolución es fecundo e indispensable para todo aspirante al título de conductor de pueblos.

Allí se verá que toda restricción a la libertad que pase de los límites de una reglamentación cuerda, equivale a una letra de cambio que regresará protestada y aumentada; allí se aprenderá que las únicas asambleas patrióticas y moderadoras son las nacidas del sufragio universal, y que las formadas por el capricho del gobernante son ludibrios de la nación, rodajes estorbosos y enervantes que precipitarán la crisis en momentos de hambre popular.

La Revolución Francesa fué una explosión del espíritu humano, comprimido por dieciocho siglos de tiranía. Lo imprevisto, lo inesperado y lo imposible fué lo que se realizó. Francia, que parecía la personificación del desorden, de la anarquía y de la demagogia, dominó a Europa, que era el orden estricto y la fuerza metódica.

El 2 de Octubre de 1789, el Ministro de Sajonia en Berlín, hacía la siguiente descripción del reino de Luis XVI: «Un rey sin autoridad, un estado sin dinero y sin potencia militar: en una palabra, un navío en plena tempestad con Mirabeau como *único piloto*.»

Burke decía: «Francia no es ya sino una abstracción, una cosa sin nombre: ya no existe en el sistema de Europa».

Y agregaba de acuerdo con Grimm: «Acabo de revisar el mapa de Europa, y he encontrado en él un gran campo vacío: es el espacio que ocupó antes Francia».

Mientras tanto, el Ministro Pitt tomaba sus disposiciones para que Inglaterra heredara de la industria, las colonias y el comercio francés.

Tal fué el estado a que la Revolución redujo el antiguo esplendor de Carlo Magno y de Luis XIV.

Pero, ¡oh maravilla de la democracia!: de esa anarquía surgió el Orden más estricto y más severo que se haya visto en un Gobierno, y aquella demagogia dió nacimiento al imperio más glorioso que la humanidad había visto hasta entonces. Francia que había sido reducida a un *espacio vacío* en el mapa del viejo mundo, absorbió y concentró a toda Europa, geográfica, política e intelectualmente. Hubiera podido decirse de París: *Urbis et Orbe*.

El alemán Anacharsis Clootz decía, dos años después de comenzada la Revolución: «Cuando echo una mirada sobre un mapamundi, pareceme que todos los demás países han desaparecido, no veo en él más que a Francia».

El 19 de Junio de 1790, Clootz se presentó a la Asamblea Constituyente, seguido de una comitiva de ingleses, españoles, alemanes, holandeses, italianos, turcos y persas. Se preparaba la ceremonia de la Federación; y Anacharsis elevó la palabra así: «Esta fiesta, celebrada en el Campo de Marte, en donde Carlo-magno se presentó con la aureola de sus virtudes, será la fiesta del *género humano*».

En esa hoguera portentosa se elaboraron las colum-

nas de la civilización actual, con el bronce y con el oro de la antigua. De esa ebullición irresistible salieron los ideales contemporáneos. «Debemos hacer con el Derecho Público de Europa, decía un constituyente, como Lutero con los libros canónicos: echarlos al fuego!»

RAMÓN ZELAYA

**S**IEMPRE que evoco tu nombre, Francia, vienen a mi mente y aun se agolpan a mis labios los epinicios que cantan tus glorias, celebran tus virtudes, declaran mi admiración por tí y mi fe y esperanza en tí, como salvadora del derecho, como sostén de la dignidad humana, como creadora de hombres libres, como faro de la Ciencia, como espejo del Arte... pero mi saludo más frecuente para tí—patria de las almas generosas y libres—es una flor de aquel ramillete que el corazón piadoso y el alma llena de fe ofrecen a la más hermosa, pura y santa de las criaturas:

¡Madre admirable!

Madre admirable en tus grandes dolores, en la espantosa lucha que ha arrebatado a tus gallardos hijos, y desolado tus campos, y convertido en ruinas humeantes tus palacios y templos y reducido a escombros tus ciudades y aldeas.

Madre admirable que en la prolongada tragedia no has perdido ni un momento la fe en tu fuerza, en tu destino altísimo, en tu victoria de luz sobre tan densas tinieblas.

Madre admirable que en los tormentosos días, en los días de desolación, no has lanzado la queja amar-

ga ni el ay desgarrador que pudieran llevar el desaliento al corazón de tus heroicos defensores.

Madre admirable, toda bondad y amor, que das a tus hijos—que son todos los humanos—con la gracia de tu sonrisa, los tesoros de tu cultura, la admirable labor de tus sabios y de tus artistas, las maravillas de la palabra, del color, de la línea, de la forma, del ritmo...

Madre admirable que sabes encender en el corazón de tus hijos la fe en su naturaleza perfecta, y con ella, los sentimientos altruistas, la conciencia de su dignidad y el ideal luminoso y excelso.

Madre admirable, madre fuerte, debeladora de los proyectos de conquistas brutales y de inquisiciones tenebrosas.

Madre admirable que tuviste poder y prestigio para aventar y desvanecer el espantoso fantasma del derecho de la fuerza, paradoja infame, negación grosera del Derecho.

Madre admirable en cuya historia bastarían estas palabras de luz: *El Marne, Verdun*, para cimentar una gloria inmortal y para dar a la humanidad honor y prestigio.

Madre admirable, en este día, te saludo con la unción más pura, con la admiración más solemne.

¡Madre admirable!

N. QUESADA L.

**D**ULCE Francia!

Puesto a hacer el elogio de esa nación, me siento como invadido por un terror sagrado, viéndola frente a mí, grande como es y bella, con el gesto sereno de sus antiguos héroes, olvidada hoy acaso, de los lindos



versos de Ronsard o de Musset, pronunciando en majestuoso tono los himnos épicos de Víctor Hugo.

¡La gran nación! Nacida para el cumplimiento de egregios destinos, como Minerva de la frente de un Júpiter Olímpico.

¡La gran nación! que durante largos siglos, como las vírgenes de los viejos templos, ha mantenido para dignificar al hombre, viva la luz del genio que preside los destinos de la tierra, mientras fuera de los santuarios, la tormenta fatiga el corazón de los hombres.

#### RÓMULO TOVAR

**D**ON ELÍAS nos contestó: «Yo no sé escribir. Jamás he hablado de cosas tan vastas como el cielo o el océano. ¿Cómo decir algo de Francia? ... Además, nadie ignora que amo a Francia, juntándose admiración y gratitud. Ya lo he dicho cuantas veces ha sido necesario».

«Les ayudaré si me es posible. Pero debo declararles que no tengo calendario, y quiero a Francia hoy, mañana y el 14 de Julio también».<sup>1</sup>

Don Elías tiene razón. Esta querencia de los latinos por Francia, no conoce fechas ni condiciones. Sin haber admirado su suelo ni sus monumentos, sin haber vivido su vida, ya sea la agitada y frívola de los bulevares, la paciente y fecunda de sus escuelas y museos,

<sup>1</sup> El éxito de la manifestación hecha a Francia se debe en gran parte al empeño de dos estudiantes de derecho: don RICARDO FOURNIER y don SANTIAGO DURAN. A fines de Junio llegaron a mi oficina a pedirme un artículo para *La Información* del 14 de Julio. Las palabras que el señor Fournier publica fueron mi respuesta en un momento de verdadera tabicación.—ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

o la plácida y austera de sus hogares y sus talleres, y hasta sin hablar su hermosa lengua, nosotros amamos a ese pueblo extraordinario en su historia, en sus obras y en sus hombres.

Es amor que no se detiene en paradójicas afirmaciones: nos deslumbra y seduce la galante Corte de Versalles tanto como nos entusiasmo hasta el delirio la soberbia reunión del Juego de la Pelota; y en el resplandor de gloria que irradia de sus anales, nuestra devoción asombrada se rinde ante el Genio de la Guerra y también ante el Genio de la Poesía y la Libertad, acaso porque ambos fueron apenas formas del alma de Francia.

Como hombres que somos, la causa que Francia defiende ahora, el Derecho ante la Fuerza, es la misma nuestra. Pero nuestro amor por ella no tiene origen en este momento histórico, ni es venero de rencores o prejuicios contra otros pueblos: es amor que arde en nuestras venas limpio de todo interés y toda mezquindad, desde que somos, y que así pasará a nuestros hijos sin perder una sola de sus hondas palpitaciones. Amor que—como todos los amores de verdad—no se mira en si aquella segunda Patria del Hombre es pobre o rica, es feliz o desgraciada, es débil o poderosa; bastándole tan sólo que ella posea esa elevación y refinamiento del espíritu y esa nobleza del corazón que la señalan como «la razón de ser de una raza».

Regocijémonos hoy, con ese pueblo querido. La celebración de un aniversario significa un esfuerzo contra el olvido que nos meten en el entendimiento los años. Hagamos siempre algo para que no se borre en el recuerdo de los hombres la hazaña popular del 14

de Julio, que fué como la consagración definitiva de la dignidad humana. Hagámoslo hoy, para que también sea motivo de aliento, de consuelo y de regocijo, para los hijos de la Dulce Francia.

Don Elías está en lo cierto al no fijarse fecha para querer a Francia; y nosotros estamos en lo justo, y hasta en lo que nuestro deber de hombres y de latinos nos impone, al rendir a aquel pueblo, en este día de sus más gloriosas remembranzas, el homenaje de nuestros corazones.

RICARDO FOURNIER Q.

## II

# Trozo del discurso

pronunciado en la noche del 14 de Julio por el Lic. don Víctor Guardia Quirós, ante el señor Representante de Francia, en nombre de la juventud y en medio de las aclamaciones fervientes de un sinnúmero de costarricenses.

...Con todo, señor, debo confesaros que no hemos venido a rememorar los prestigios mundanos de vuestra historia, ni por aquellos blasones y trofeos que hacen crujir las panoplias del palacio de la cúpula de oro, ni por aquel arte picante y frágil que ella nos cuenta, ni por el testimonio que ella nos ofrece de aquella ciencia proveya y abanderada que con los destellos de su genialidad reveladora ha iluminado todos los surcos de

la investigación. Con ser tan rico ese pasado vuestro, hay algo mejor en Francia, algo ultraterreno, que parece un dón del Espíritu Santo: me refiero a su vocación de martirio por la redención del género humano.

Esta suprema y rara virtud debe ser elogiada por encima de todas las otras, puesto que ha hecho de vuestro pueblo el elegido de Dios, ayer y también ahora, en los duros momentos de prueba a que asistimos.

Venimos hacia esa Francia tutelar, con los brazos abiertos, conscientes de su protección y su grandeza, transidos de gratitud y de confianza. Venimos enterrecidos por el gesto de esa nación madre, que tiene el secreto de abrirse la entraña y derramar el río de esa su sangre eucarística que calma las ansias del espíritu humano. Venimos hacia la magnífica Sibila que en medio de tremendos desgarramientos arrebatada de los cielos las fórmulas del Bien, ya el 89, con aquella mano convulsa que gravó los Derechos del Hombre, ya en estos instantes, con esa mano sangrienta que ha venido forjando los Derechos de las Naciones.

Venimos, en plenitud de voluntad y de conciencia, hacia esa Francia que según la reciente expresión de Lloyd George, ha destinado sus mejores energías a la defensa contra el terror amenazante.

Las jóvenes democracias a que pertenecemos sólo han bebido el agua de sus claras fuentes, porque sólo de allí brota el manantial universal. Es cierto que la revolución de Inglaterra y la Carta-Magna fueron el brote de una trascendental evolución; pero su fisonomía evolutiva fué contingente y limitada. Y no porque el genio inglés fuese egoísta o pequeño, sino por ra-

ziones de étnica racial y por la propia madurez política que inspiró aquel movimiento libertario, que sólo pudo aprovechar el pueblo anglo-sajón. Tan grandioso suceso no estaba llamado a una filtración pronta y general, al paso que la convulsión de Francia llevaba en sí más verbo y más pujanza, como que ella era el signo de un parto realizado «pro mundi beneficio».

Fijaos que a cada paso se diría de este pueblo propiciatorio que es el pastor del gran rebaño humano. Su alegría nos reconforta en las felices andanzas de la vida, como su heroísmo en pasos de prueba. Y si alguna vez nos pareció frívola esa su risa de ática y sana filosofía, pronto supimos que esta risa es el nervio mismo de la raza, que ella en Francia es hermana también del dolor y del sacrificio, y que ella recorre, por igual, el bulevar y las trincheras de Verdún. Sobre la tierra santa del Marne fué vencido Atila, el genio de la barbarie primitiva; y allí mismo este pueblo que ríe embarrancó el cañón del rojo Guillermo, en quien habita el genio de la barbarie contemporánea.

Ante el cuadro de esa Francia estupenda y salvadora, nuestra juventud valerosa se resiste a refrenar por más tiempo los ímpetus de su corazón. Desde el primer momento de la gran lucha ella estuvo de parte de la moral y del derecho, contra el viejo Canciller que dijo: «la force prime le droit»; y contra el nuevo Canciller que juzga que los sagrados pergaminos que guardan la fe de las naciones son «des chiffons de papier», y que «la necesidad no reconoce ley». Y movida hoy por los resortes del credo democrático, y solicitada por un sentimiento de solidaridad mundial,— no menos que por el estímulo de este día evocativo,—

viene hacia Francia esta juventud liberal, declarando que abjura todo propósito de neutralidad en la Gran Guerra; y viene sobre todo a repetir aquellas palabras que fueron el voto más hondo del gran Pontífice León XIII, el vidente: «¡Valeat Gallia! ¡Valeat et resurgat!»

Como ciudadanos de un país libre por esencia, creemos con Monsieur Ribot, que «la tiranía prusiana es un peligro para el Nuevo Mundo como para el Viejo, y para Alemania misma; y que la tarea de evitar al mundo, mediante el esfuerzo común de los pueblos democráticos, el yugo de esa casta militar y feudal, para fundar la paz sobre el derecho, constituye una obra de liberación humana y de salvación universal».

Y reparad que este anhelo de solidaridad va ganando terreno en el sentimiento de las democracias latino-americanas. El Uruguay pagó pleito homenaje a las nobles posturas de Francia, elevando el 14 de Julio al rango de Fiesta Nacional. En el Ecuador se alza una voz que dice:

«¡El Ecuador a la Guerra!» «Los países aliados luchan por la hegemonía moral del mundo; por la razón, por la cultura y por los hombres». «El Ecuador no puede ser indiferente a los dictados de la ética». «Luchará con los países aliados, porque ellos representan en la hora actual los más caros intereses de la moral humana; y porque tras el espanto de las batallas y el horror a la muerte, nos señalan los futuros destinos del Universo».

Y en un libro chileno leemos las siguientes palabras, que son bien americanas:

«La guerra nos ha revelado un mundo de ideas

que presentíamos y que nos acercan a los pueblos latinos de Europa con los cuales tenemos comunidad de origen, de intereses morales y de rumbos de cultura». «Nuestra civilización, que procede en primer término de España, ha sido modificada esencialmente por la influencia francesa que hemos recibido durante todo el siglo XIX». «Y no podemos concebir una evolución que nos llevara por caminos opuestos a esos». «Cuando un pueblo tiene una raza definida, con una historia que le ha permitido constituirse en una nacionalidad bien determinada, no puede aceptar un cambio de civilización impuesto por una influencia externa, sin renegar de sí mismo y renunciar a su carácter y su constitución esencial».

Ahora bien, los pequeños pueblos del medio-día americano no pueden recoger como los Estados Unidos el reto que Alemania lanzó a la Humanidad; pero hemos oído las palabras de Wilson: «que cada nación decida por sí la manera de contestarlo». Y sentimos que nuestra democracia costarricense, para serlo de verdad y con entereza, debe apelar—a la falta de otros medios—al grito de la protesta airada y desnuda, que de ser justa como lo es en esta ocasión, tiene voz en el concierto de la civilización y en los estrados de la ley de Dios.

Permitidme entonces, vosotros los hombres libres y fuertes a quienes represento, que repita por vosotros y por mí, las grandes palabras del estadista brasilero Ruy Barbosa:

«La neutralidad tiene sus deberes, y los neutrales no deben recompensar con su abstención a los que han premeditado el ataque». «Entre los que violan la

ley y los que la respetan, no existe neutralidad posible». «Los tribunales, la opinión y la conciencia no pueden ser neutrales entre la ley y el crimen».

Así hablan los hombres de verdad. Pero ante el espectáculo de la presente guerra impía no deben callar ni las mujeres, según lo dice el mensaje de las mujeres francesas a las mujeres de todas las naciones:

«¿Van estos crímenes a ser sancionados por vuestro silencio? ¿Olvidaréis que el respeto al derecho ajeno sigue siendo la mejor garantía de nuestro propio derecho y que si la Historia, en sus retrocesos, expusiese a estos mismos peligros a otras generaciones y a otros pueblos, ellas y sus hijos no podrían elevar la voz para quejarse ni para maldecir?»

«Cualquiera que sea el país a que pertenece: aliado, neutral o enemigo, toda mujer debe tener conciencia de sus deberes». «Callarse es tanto como absolver a los soldados que violan los hogares y detienen a los transeuntes para escoger víctimas; es hacerse cómplice de ellos; callarse es condenarse a no invocar nunca el derecho y los tratados, a no dar a una acción, pública o privada, la autoridad de una base moral».

Ya veis, señores, cómo la mujer francesa, en mitad de esta fragorosa lucha que le arrebató sus padres y sus hijos, olvida las lágrimas y sólo piensa en preservar de semejantes quebrantos a las mujeres del porvenir, sin olvidar a las mujeres alemanas! Ya veis cómo el Ministro francés no piensa siquiera en dolerse de los males que acosan a su Patria, sino que eleva la mirada hacia el ideal de una humanidad futura que pueda vivir emancipada de los riesgos de la brutalidad y la rapiña.

Esa predestinación altruista—que pone alas de amor a nuestra fervorosa admiración—es algo que pertenece a la gran raza latina: es la propia resina de ese árbol añoso y bien nutrido; la resina que quema Francia en sus viejos altares ofrendatorios, cuando por conjurar los maleficios de Satán, satura de esencias los ambientes. Para ser justos debemos añadir que los ingleses, en diversas ocasiones y hoy sobre todo, no se han mostrado sordos a las solicitaciones de las grandes cruzadas del ideal. «Los ingleses—dice Mr. de Cestre—rompiendo los vínculos que los ligaban a la familia germánica, han sabido entrar por el espíritu caballeresco, en unión de las naciones herederas de la Grecia y de Roma, y discípulas del cristianismo». «Esa cultura latina de idealismo claro, consciente y siempre listo a traducirse en actos, la han abrazado los ingleses, la han amado y la han mantenido con fervor aún en la época romántica, cuando Byron celebraba la grandeza de la antigüedad clásica enclaustrada en la solemnidad de las ruinas, sobre el suelo sagrado del Latium».

Pero es probablemente porque ella tiene sangre latina en las venas, como lo dice el mismo disertador, y porque ella ha bebido en las fuentes latino-cristianas de virtud y de belleza, por lo que Inglaterra ha hecho figura de nación noble y generosa y por lo que ella supo tomar en 1914, en esa terrible encrucijada de la historia, el recto camino de su deber.

Ahora, señores, comparad en síntesis el alma francesa con el alma germana, a través de las dos solemnes apelaciones que vais a considerar.

La una pertenece a un capítulo del libro «La Gran

Alemania», del escritor teutón Otto Richard Tannenberg, y está escrita en versos sonoros dedicados a Thor, el dios de la maza, que dicen así: «Hallóse Thor en los confines setentrionales del mundo y arrojando su maza, la pesada arma de combate, dijo: Hasta donde esta maza sibilante acierte a caer, hasta allí tierras y mares serán míos...! Y la maza voló de sus manos, voló sobre toda la tierra y fué a caer en la más lejana orilla del Sur, a fin de que todo el mundo fuese de Thor». «Desde entonces constituye un derecho para los Germanos ganar intrépidamente tierra con la espada». «Somos la raza del dios de la maza, y queremos conquistar el imperio universal». Esta evocación inspira luego otras ruines palabras a Tannenberg: «La política sentimental es una necedad; las ideas humanitarias una estupidez». «El reparto del bienestar debe hacerse entre compatriotas». «La política es un negocio». «La justicia y la injusticia son ideas necesarias tan sólo en la vida civil». «El pueblo alemán siempre tiene la razón, porque es el pueblo alemán y porque cuenta con ochenta y siete millones de habitantes»...

...Oid, en cambio, las palabras sencillas y eternas que sirvieron ayer no más de lema a la Sorbona, para encabezar un miting nacional en el que se consolidó la mística y pujante Unión Sagrada. Oíd este grito formidable de energía y abnegación: «DE PIE TODA FRANCIA, PARA LA VICTORIA DEL DERECHO!»

Esta voz que desciende del Ateneo a la llanura, es la voz de los tiempos y la voz de los destinos.

El sentimiento pagano habría admirado en esas pa-

labras de la Sorbona la rara conjugación del verbo y de la espada; habría visto en Francia el prodigio de una Atenas espartana; y habría dicho de ella como de Minerva, que debió ser concebida en la cabeza de Júpiter, para llegar a lo que es: Diosa de la sabiduría y de la guerra.

Pero la luz se la derramado sobre la senda de ese eterno caminante que se llama el espíritu humano; y el mundo en que vivimos esta suprema hora de evolución—y talvez de expiación,— no piensa ya, cuando vuelve los ojos hacia esa frase alada, en el vivo resplandor de una quimera, sino en el símbolo de las lenguas de fuego del Pentecostés; y sobre todo en la sombra bienhechora de la Cruz, que es la sombra que proyecta Francia cuando toda de pie, desgarrada y heroica, abre los brazos en defensa de la salud universal. Elevemos nuestra almas ante esa Nación Mesías, que estoicamente ha embotado todos los agujeros del dolor, con tal de obtener una victoria que sea—según el voto formulado por el obispo de Niza— la victoria del espíritu sobre la carne, de la verdad sobre el error, del Bien sobre el Mal.

Y Vos, señor Representante, decid a esa vuestra Francia—la del Marne,—que esta juventud delirante está de pie con ella, en la contienda a muerte que libran hoy el humanismo y la barbarie, en esta lucha secular de la Luz y la Tiniebla, lucha en la cual ella encarna la misión del Arcángel y sus enemigos asumen las formas del Dragón. Decidla que si aún no nos cabe la merced de ofrendarle nuestra sangre, al menos le ofrecemos, hoy y por siempre, la devota comunión de nuestras almas.

## ¿Utopía?

*Es una noche negra, sin estrellas ni luna,  
noche lóbrega y fría y la lluvia importuna,  
incesante, produce somnoliento sopor.*

*Son las doce, es la hora en que el alma descansa  
y en el sueño renace la perdida esperanza  
o reviven historias olvidadas de amor.*

*En las calles lodosas no hay un sér que transite,  
sólo un eco cansado tristemente repite  
de los truenos el ronco, majestuoso rodar;  
con sus fúlgidas sierpes los relámpagos hacen  
aumentar la negrura de caverna en que yacen  
las tranquilas viviendas y el lejano pinar.*

*La hecatombe ha pasado de la Guerra Europea  
y en un pueblo de Francia convertido en aldea  
por la siega espantosa del mortero invasor,  
a la puerta de una silenciosa morada,  
llama un ser harapiento y al oír su llamada,  
de un mastín vigoroso se despierta el furor.*

*Una pausa y de nuevo las llamadas se escuchan  
y una voz angustiada, una voz en que luchan  
el temor de un rechazo y el famélico afán,*

dice: hermanos: me muero de cansancio y de frío,  
he sufrido en mi ruta un fatal extravío,  
dadme albergue esta noche y un pedazo de pan.

Y la puerta se abre y un anciano aparece,  
(el ladrido importuno poco a poco decrece)  
y el viajero penetra en la triste mansión;  
el francés reconoce que recibe a un germano,  
en silencio se miran y se estrechan la mano  
y en sus rostros se pinta la diversa emoción.

Ven hermano, le dice aquel viejo, mi casa  
es la casa de todos y al viajero que pasa  
el derecho le asiste de un abrigo pedir;  
aunque pobre y modesta, quiere el cielo divino  
que no falte un bocado y una copa de vino  
que ofrecerte y que pueda mis deberes cumplir.

Al viajero atormenta la humedad de su ropa;  
mas se acerca a la lumbre y recibe una copa  
de un vinillo caliente que devuelve el calor  
a su cuerpo aterido, luego un pan delicioso  
con manteca; ante todo, aquel modo afectuoso  
de acogerle, renueva su perdido vigor.

El mueblaje muy sobrio y modesto; de un muro  
una imagen de Cristo sobresale en lo oscuro,  
con sus brazos abiertos, enclavados en cruz;  
en la estufa las llamas crepitanes del leño,  
y el calor y el ruido predisponen al sueño  
en la estancia en que lucha, con las sombras, la luz;

En el rostro del joven, desgraciado extranjero,  
la tristeza domina, pero hay algo de fiero,  
de valor temerario y de noble altivez;  
aun conserva señales del combate reciente,  
pues un surco rojizo desfigura su frente  
y unas manchas oscuras han curtido su tez.

El anciano conserva su viril energía,  
es un gallo completo y su vieja alegría  
sobrevive a la angustia de la horrible invasión:  
los cabellos rizados, del color del armiño,  
a su rostro de viejo danle aspecto de niño  
y sus ojos revelan su genial corazón.

El imán poderoso que aproxima a esos hombres  
que el azar ha reunido y que ignoran sus nombres  
explicarse no puede; mas se deja sentir.  
Junto al fuego colocan dos vetustos sillones  
y después de corteses y discretas razones,  
satisfechos intentan descansar y dormir;

pero hay algo más fuerte que la fuerte fatiga  
que despiertos los tiene y por fin les obliga  
la emoción que en sus almas predomina a contar,  
y el buen viejo pregunta a su huésped: ¿Qué piensas  
que será de Alemania, disipadas las densas  
tinieblas que han venido su desastre a aumentar?

Vuelve el joven su rostro, por la pena alterado  
y con voz le responde, en que está reflejado  
el ardor indecible que en su pecho palpita:  
tengo Fe en el futuro y en mi patria bendita.

Terminada una guerra tan brutal que no hay nombre con que pueda llamarla, que es vergüenza del hombre, tras la infamia más negra y la siega inhumana, la completa derrota y el baldón de mañana; ya mi patria vencida, el poder se desploma —como encina roída por la vieja carcoma— del Monarca temido y a la vez adorado por un pueblo orgulloso que se siente humillado; es oprobio del mundo, y el recuerdo horripila, de sus bárbaras huestes dignas sólo de Atila; se comentan los hechos de sus hordas salvajes: degolladas mujeres, tras inicuos ultrajes, inocentes criaturas, sin piedad mutiladas, incendiados los templos, las doncellas violadas, sin que leyes humanas, ni preceptos divinos la hecatombe contengan de sus odios mezquinos. ¿Qué nos queda de todas esas bárbaras luchas? ¿Son las glorias muy pocas y las manchas son muchas? ¿Para qué difundieron el terror Zeppelines, destruyendo hospitales con ataques ruines? Del traidor submarino ¿para qué los triunfantes combates en que hundieron a las naves mercantes? Alemania ha quedado humillada y vencida, cercenada en gran parte, desangrando la herida, y otra guerra implacable, sin cuartel, ha estallado en sus propias entrañas; es un pueblo indignado que no quiere cañones, Generales ni Reyes, sino paz y trabajo y vivir bajo leyes de igualdad absoluta y absoluta armonía, aunque muchos las llamen con desdén utopía: que los padres disfruten del amor de sus hijos, que fecunden los valles sus trabajos prolijos,

que en los templos se puedan elevar oraciones, sin temor a la furia de los fieros cañones, y las vírgenes duerman, sin terror ni desvelo, bajo el palio tranquilo, luminoso del cielo. Y entre tanto, muy pronto, verá Europa aturdida que Alemania, República vigorosa y unida, sin milicia ni enconos y más grande y ufana, a las otras naciones PIDE UN PUESTO DE HERMANA. Sigue luego una pausa brevísima, un momento en que sólo se escuchan los gemidos del viento... Mas sintiendo en su pecho un vigor sobrehumano, olvidando el cansancio, levántose el germano y con voz reposada, de profeta, en que había un inmenso entusiasmo y una extraña alegría, principió lentamente a decir: ya estoy viendo de la infamia y el odio al amor renaciendo; sobre mares de sangre, sobre infiernos de horrores, de una aurora esplendente ya se ven los fulgores; se realiza, no hay nada que a su empuje resista, la divina quimera de mi Fe socialista. Veinte siglos de luchas y dolores, apenas han podido del hombre destrozarse las cadenas que le ha impuesto un Monarca más o menos infame, —por su nombre es preciso que a la postre lo llame— y que hizo la vida desgraciada y ficticia, sin nociones siquiera de razón o justicia. Veinte siglos y empieza a sentirse fecundo el principio más bello predicado en el mundo por Jesús, ese Mártir que conturba mi vista y que ha sido el primero del ideal socialista. La visión pavorosa de la Guerra Europea hizo al Hombre Divino que nació en Galilea,



*con sudores de sangre desmayarse en el Huerto,  
más que verse expirante, el costado entreabierto  
y ceñido de espinas, al clamar angustiado:*

*Señor, Señor, por qué me habéis desamparado?  
Queda en éxtasis luego, su garganta se anuda  
y su vista se clava en la imagen desnuda  
de Jesús y, de pronto, se desploma en su asiento...  
y se escuchan de nuevo los gemidos del viento...*

*El viajero idealista a partir se prepara;  
el anciano, del joven con pesar se separa  
y se dan un abrazo... A la luz indecisa  
del alba que asomaba su graciosa sonrisa,  
no observaron que el Cristo, desprendiendo una mano,  
dulcemente bendijo al francés y al germano.*

JOSÉ M.<sup>a</sup> ALFARO COOPER

Con un placer y un orgullo que no alcanzo a decir, veo conmigo, del lado de Francia, a todos los maestros que me quedan de los antiguos *Instituto Nacional y Colegio Central*: el Dr. Ferraz, don Manuel Veiga, don Carlos Gagini, don Alberto Brenes, don José M.<sup>a</sup> Alfaro.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS



Tenemos a la disposición de los lectores **TODOS** los números de EOS, desde el primer cuaderno.

## La sonrisa de Francia

Amo con predilección en Francia—a la que tan profundamente admiro en mil otros conceptos—su dulce sonrisa femenina con la cual, alada y grácil, pasa al través de la Historia por el sendero de los siglos como una nueva diosa eterna en la que a la fortaleza y el esplendor de Atenea se hubiese unido, por merced olímpica, el suave y delicado hechizo de aquella maga de encantos sutiles que se llamó Helena, suprema belleza del mundo griego.

Amo esa sonrisa de claro fulgor que ha iluminado siempre su sereno rostro en todas las edades de su gloriosa existencia y que en haces de luz reverberante se refleja desde los viejos tiempos en el espíritu del universo, para reavivarlo a toda hora con destellos de inmortal esperanza.

Sonrisa tal que sabe santificar el triunfo con bálsamos de divina benevolencia; que como soplo de milagro cierra a su conjuro las peores heridas del infortunio y borra con el poder de su gracia el ceño fiero y el hosco rictus en las enjutas máscaras de la tragedia; que se mece como una flor blanca en talle erguido, así en las horribidas noches de la muerte tinta en sangre, como al amor de los céfiros en el amanecer de prima-

vera; pía junto al lecho de los grandes dolores, estre-  
mecida y radiante si impera la buena fortuna, siempre  
juvenil, siempre armoniosa y fresca, siempre pura.

Sonrisa de Francia, sonrisa fina y tranquila, engarce  
de oro para risas o para lágrimas, fuente secular de  
maravillas de donde brota, perennemente, pródiga  
agua lustral para sanos o enfermos corazones huma-  
nos: secreta restauradora de energías mundiales,  
símbolo ella misma de la energía francesa imponde-  
rable e inagotable en los planos de su destino infinito.

Austera en el semblante impávido de la casta don-  
cella de Orleans, deslumbrada en el de Bernardita,  
picaresca y loca de malicias en los labios sensuales de  
Enrique IV, fraterna y tibia bajo la blanca cabellera  
de Hugo, majestuosa o infantil en la efigie romana de  
Napoleón según que hablara el Emperador después  
de Austerlitz a los bravos de su guardia o el tío  
Bibiche en el parque de Saint-Cloud al parvulillo de  
Hortensia Beauharnais, temida y desconcertante en  
Voltaire, enigmática en la Princesa Borghese, hecha  
seda y terciopelo en Lucía y Mimí, apacible en Renán,  
noble y sagrada en Pasteur, honda y grave en Joffre,  
¡oh Francia! tu dulce sonrisa plena de acariciadora  
femenilidad es adorable belleza para todos los amantes  
de la vida que sueñan en que la vida es mujer y como  
a mujer la besan en la boca todas las mañanas, al  
despertar no más, ansiosos de beber fuerza, coraje,  
ideal, en un resplandeciente sonreír...

GUILLERMO VARGAS

## Los heridos de piedra

Es bueno soñar, a pesar de todo.  
MARTÍNEZ SIERRA

Los blanquecinos ancianos temblones, recuerdos  
borrosos de la vida que se fué; las mujeres pujantes  
y prometedoras como una simiente, que vieron rotos  
sus fecundos ideales de amor antes de recibir la muer-  
te; los niños que esperaban el noble dón de razonar,  
risueños, y rodaron por tierra mutilados, sin manos,  
sin lengua, sin ojos; todo ese hacinamiento de cabezas  
nevadas, de bocas entreabiertas en espera de besos  
cual flores aptas para recibir el polen, de risas jocun-  
das; todo ese hacinamiento convertido en sangre,  
convertido en crispatura, convertido en mueca, la  
palpitación hecha temblor, la sonrisa hecha dentellada,  
el pensamiento hecho ira, el amor hecho dolor, el  
dolor y el odio hechos norma; todo ese hacinamiento  
tenebroso de víctimas no ha saciado la rabia de la  
horda invasora, que tiene el plomo por lógica y la  
ruina por horizonte.

Aun quedan otras víctimas, más inocentes, más  
ajenas todavía a la tragedia, más respetables porque  
gozaban del privilegio de inmortalidad...

¡Las víctimas de piedra!

Allí donde los teutones marcaron el paso mecánico, hubieron de caer por tierra los hombres que estaban desarmados y los dioses que tan sólo disponían de la razón.

Aquella razón de los dioses, serena y limpia, serena y dulce, serena y perdurable al parecer, determinaba una injuria petrificada, inmóvil, firme cual una obsesión, para la horda que sólo entiende de filos y de fuego.

Por esto cayeron los dioses.

Pero los franceses han venido ahora a recogerlos. Y acaban de construir, allá en París, un hospital para los heridos de piedra, en el salón del Palacio de Exposiciones. Allí están en lascas los ángeles que revolaban, con la gracia que se retuercen las ideas en una cabeza, bajo la cúpula de las iglesias de Verdun, de Reims, de Arras; allí un muñón y los pies enclavados del Cristo de Revigny, cuyo cuerpo royeron las llamas; y contemplando la ruina, con los párpados entornados, la mirada casi desvanecida llena de mística luz ponienta, y una leve sonrisa que aletea entre los labios, la cabeza sin cuerpo, herida en la sien, la Virgen de Albert, mármol impregnado de dolor y de resignación, que parece que ha emaldecido.

Entre el montón aterrador de los heridos de piedra destaca la apacible tristeza de aquella blanca Virgen pálida que sonríe y perdona. Tiene la cabeza inclinada. Pensárase que pretende oír el ritmo del corazón que no existe. Los ojos que van hundiéndose en sueño tranquilo, derraman, tenuemente, lentamente, la sonrisa que se arremansa en los labios con el brillo claro de la espuma del agua que al sentirse herida por los guijarros canta. En el mármol casi transparente de su

rostro, el esguince suave de la boca parece que se preparara a balbucir:

—Hijo, perdónalos, aunque bien saben lo que hacen.

Y seguirá sonriendo aún, que así es el dolor de los buenos, perdón, amor, sonrisa.

Luego, acaso se duerma.

La sonrisa que se escapa por sus labios profanados, semejante a luz que vaga en el espacio una vez puesto el sol, será como un hilo de sangre del alma que realice en nuestros ojos ciegos el milagro de abrirlos a la tolerancia ante el mal que nos infiere el enemigo.

No hay ruina más fuerte que los hombres mientras nos quede el poder magnífico de la sonrisa.

FRANCISCO SOLER

## La ciencia francesa

Descartes, Lavoisier, Pasteur

DISCURSO DE CARLOS RICHET EN LA UNIVERSIDAD DE CRISTIANÍA, EN ENERO DE 1916.

Señor Rector, Señoras y Señores:

Es para mí una gran honra—cuyo alto valor aprecio debidamente—el ser recibido en vuestra Universidad. Sucesos imprevistos de esta ruda guerra me han traído a la hermosa ciudad de Cristianía, y la

benevolencia de su Universidad me da la palabra en esta reunión solemne. Pero ¿de qué he de poder hablar yo ahora si no es de mi querida Francia y del papel que ha representado en la Civilización y en el progreso de las ciencias?

Ciertamente, sé bien que estoy en un país neutral; pero sé también—por todas las muestras de simpatía de que he sido objeto—que este país es un país amigo, muy sinceramente amigo. Por otra parte, perteneciendo a la Universidad de París, no soy enteramente un extranjero, porque, gracias a la feliz fraternidad que reúne a los miembros de todas las Universidades, soy colega de vuestros eminentes profesores. Los maestros de la juventud han hablado aquí tan a menudo de justicia y de ciencia, que los muros de este recinto han debido guardar sus ecos. Así, hoy, aunque las sonoridades de la lengua francesa sean diferentes de las vuestras, va a ser una misma la resonancia de las ideas: el culto de la verdad, el amor de la libertad, la fe en el porvenir.

Atrevámonos, pues, a hablar del porvenir. El porvenir no aparece oscuro sino al que no quiere mirarlo bien. Porque a pesar de las disenciones humanas que hacen derramar tanta sangre, la ciencia prosigue su marcha conquistadora. La fe en la ciencia, es la confianza en el porvenir. El hombre, ese sér ínfimo perdido en la inmensa Naturaleza, ha podido, por su trabajo y su genio, penetrar algunos de los misterios profundos —¡Cuán profundos!—que le rodean, y la ciencia ha realzado al punto la miserable condición humana. Nadamos en un océano de tinieblas. Todo es sombrío, incierto, doloroso... De repente aparecen en medio

de esa noche, aquí y allá, pálidos fulgores que dan alguna esperanza... Esos fulgores son la ciencia. Y el destino de los pobres hombres se hace menos triste. Hay menos sufrimientos, menos lágrimas. Pensando en el magnífico porvenir reservado a las ciencias, comprendemos todos muy claramente que las cosas se harán menos crueles para nosotros a medida que las conozcamos menos mal.

Así, pues, perdonaréis a un francés si os habla con adoración de su país, y a un científico si os habla con adoración de la ciencia.

No vayáis a creer, sin embargo, que yo tenga la pretención extraña, y casi sacrilega, de imaginarme, inspirado por un patriotismo falso, que la ciencia es el patrimonio de tal o cual país, el atributo de tal o cual pueblo «superior». ¡No! La ciencia es esencialmente internacional; no es propiedad exclusiva de ningún pueblo. Todo hombre, por el hecho solo de pertenecer a la gran familia humana, es apto para descubrir y propagar la verdad. Y en efecto, si hubiéramos de dar aquí una ojeada a la evolución de las ciencias, encontraríamos que cada país ha tenido su parte: Italia, con *Galileo* y *Volta*; Inglaterra, con *Newton* y *Darwin*; Alemania, con *Leibnitz* y *Helmholtz*; Escandinavia con *Berzelius*, *Scheele* y *Linneo*; Francia con sus grandes creadores.

\* \* \*

Pero antes de hablar de la ciencia moderna, debemos rendir nuestro homenaje a la gloriosa abuela: a Grecia, la Hélade, que ha creado todo: poesía y escultura, filosofía y ciencia. Grecia, triunfante, deslumbradora, ha dado al mundo la dirección de todo pensa-

miento. Mucho más de cuanto lo pensamos y decimos, somos todos hijos de Grecia. Y ésto, si no es dudoso por lo que concierne a las Artes—ya que no se ha hecho nada más bello que el Partenón, Edipo Rey y Prometeo Encadenado—, no es menos cierto en lo que se refiere a las ciencias. Grecia no es tan sólo la patria de *Homero* y de *Sócrates*, de *Fidias* y de *Aristófanés*, de *Esquilo* y de *Sófocles*: es también la patria de *Pitágoras*, que creó la ciencia de los números; de *Euclides*, que fundó la geometría; de *Arquímedes*, que estableció los principios de la mecánica; de *Hipócrates*, el más grande de los médicos. No hay ciencia que no remonte a Grecia, y seríamos unos ingratos si llegáramos a olvidarlo.

\* \* \*

Tras el largo período de inercia intelectual que sucedió al florecimiento del genio griego, vino un Renacimiento de las ciencias, presidido sobre todo por Italia.

Sin embargo, hay que decirlo, no es a *Copérnico*, no es a *Galileo*, no lo es a *Bacon*, es a un gran francés—Renato *Descartes*—a quien se debe la gran revolución que preparó el advenimiento del mundo moderno.

El *Discurso sobre el Método*, el *Tratado del Hombre*, la *Geometría*. He ahí la obra de Descartes. Es grandiosa.

El *Discurso sobre el Método* establece los derechos de la razón humana, derechos que nadie—después de Sócrates—había sabido magnificar tan dignamente. Todo es oscuridad y confusión si no sabemos distin-

guir lo que es verdadero de lo que es incierto. La incertidumbre cesa cuando la evidencia aparece; y la evidencia es decidida por la razón. Una verdad no puede resultar sino de una demostración o evidencia. Según lo ha formulado Pascal algunos años después, con exactitud todavía mayor, es preciso *definir todos los términos y demostrar todas las proposiciones*.

Imagina luego Descartes una concepción mecánica del universo que, aun cuando no haya permanecido cierta en todas sus partes, sigue de pie en sus rasgos principales. Y como en aquella época le era permitido a un hombre ser enciclopedista, el espíritu profundo de Descartes emprendió no sólo el estudio de la Física sino también el de la Fisiología, y probó entonces—lo que es rigurosamente verdadero—que *los seres vivos son mecanismos cuyo movimiento es determinado por excitaciones nerviosas*. El concibió y describió el acto fundamental del sistema nervioso: el acto reflejo. Así este genial pensador, que había establecido las condiciones del movimiento en los cuerpos inertes, estableció también las condiciones del movimiento en los cuerpos animados; por tanto, fué a la vez el fundador de la mecánica física y de la mecánica fisiológica.

Hizo más. En un opúsculo de pocas páginas, que es un libro inmortal, creó la *geometría analítica*, ciencia maravillosa que los esfuerzos de los geómetras han convertido en una parte fundamental de la Matemática. Expresar los movimientos de los cuerpos y las inflexiones de las curvas mediante fórmulas algebraicas, fácilmente calculables, era intento atrevido, y ha sido plenamente logrado. Siguiendo a Descartes se ha podido indicar la naturaleza de una línea geométrica

mediante sus proyecciones sobre dos rectas y formular luego la ecuación correspondiente, de manera que, con el simple enunciado de una ecuación, se tiene la representación de una curva. Es el triunfo de la abstracción matemática en geometría. Obra incomparable, igual a las bellezas abstractas del cálculo integral, que debían descubrir Newton y Leibnitz tres cuartos de siglo más tarde.

Por todo, el nombre de Descartes figura radiante en el siglo XVII como el más glorioso nombre de la historia de las ciencias. Filósofo, devuelve sus derechos a la razón humana extraviada en las teologías. Mecánico, concibe el mundo como una serie de fuerzas que se eslabonan sin perderse. Fisiólogo, esclarece el acto fundamental del sistema nervioso. Matemático, crea una ciencia nueva que hace entrar las líneas geométricas en las más altas abstracciones del álgebra.

\* \* \*

En el siglo XVII el pensamiento francés es conquistador con Descartes. En el siglo XVIII, lo es con *Lavoisier*. En el XIX, lo será con *Pasteur*.

Diríase que cada cien años un gran espíritu viene a iluminar el mundo y abrir nuevos senderos.

Antes de Lavoiser, esto es, antes de 1775, no se comprendía nada de la química. Reinaba una teoría tan embrollada y estúpida, que no podemos hoy comprenderla: la teoría del *flogístico*, según la cual los cuerpos ceden al calentarse una parte de su flogístico, sin que nunca se haya sabido si este flogístico era o no materia ponderable. Eran contados como elementos el aire, la tierra, el agua y el fuego. Casi no se había

adelantado relativamente a los tiempos semifabulosos de Tales y de Pitágoras. Los alquimistas, destilando, cociendo y recociendo, habían encontrado indudablemente algunas partículas de verdad; pero no habían entresacado absolutamente nada de racional o de simple. No existía la Química. No había más que una alquimia muy entenebrecida todavía por la oscuridad de la Edad Media.

Lavoisier con unos cuantos experimentos precisos y decisivos, lo aclara todo. Las verdades que asienta son tan sencillas, tan evidentes, tan comprensibles, que nos parece a veces—porque así somos, ignorantes e ingratos—que tales verdades han sido conocidas en todo tiempo. Hay, nos dijo, *cuerpos simples*, o sea que no pueden ser descompuestos químicamente, y hay cuerpos compuestos, constituídos por la combinación de los simples. Cuando un cuerpo simple se combina con otro, el compuesto que resulta tiene un peso exactamente igual a la suma de los pesos de los componentes. En las diversas combinaciones o construcciones químicas, *nada se pierde, nada se crea*.

Y desde entonces, cosa insospechada antes de Lavoisier, la balanza se convirtió en el instrumento fundamental de toda investigación química.

Estamos tan hechos desde niños a esas ideas, que nos cuesta imaginarnos un tiempo en que haya sido desconocida la fijeza de la materia en cuanto a su peso total o, en otros términos, en cuanto a su fuerza.

Para establecer la ley de las combinaciones, hizo Lavoisier un experimento simple y memorable. Toma un pedazo de diamante (que es carbón puro), lo pone en una vasija cerrada y lo hace arder concentrando

calor sobre él, mediante un lente. Ve que una parte del aire desaparece y que se produce un gas nuevo (que hoy llamamos *gas carbónico*). Calcula la cantidad de gas carbónico formado, la cantidad de aire desaparecido y la cantidad de diamante quemada; y demuestra que el peso del gas formado es exactamente igual a la suma de los pesos del aire y del carbón desaparecidos.

Así demuestra la naturaleza de la llama. La llama es el resultado de una combinación química que se realiza con desprendimiento de luz y de calor. La combustión es la unión de uno de los elementos del aire (el oxígeno) con otro cuerpo. El compuesto producido es gas carbónico cuando es carbón lo que arde; es gas sulfuroso cuando arde azufre; etc.

Por una inducción atrevida, va más lejos todavía; crea la *termoquímica*—la hermosa ciencia que debía esperar a Thomsen y Berthelot para coger todo su vuelo—, y presiente que la intensidad con que se efectúa una combinación química puede ser apreciada por la mayor o menor cantidad de calor que se desprenda en el acto de la unión.

Cuanto más estudia uno la química, mejor comprende que el maestro verdadero es Lavoisier. Después de él han trabajado millares y millares de químicos; y muy bien, por cierto. Han descubierto incontables hechos, imaginado síntesis maravillosas, realizado análisis difíciles, encontrado métodos excelentes. No obstante, esos químicos no son más que discípulos de Lavoisier.

Lavoisier creó la química. Aun cuando no se pueda asignar preeminencia a una ciencia sobre la otra, se

puede afirmar sin embargo que la química no es inferior a ninguna ciencia humana. ¡Y es la hija de nuestro gran compatriota!

Pero la gloria de Lavoisier abarca todavía más. No basta con decir que constituyó la química. Hay que agregar que constituyó la fisiología. Y vais a permitirme hablar de la fisiología con cierto cariño, puesto que a su estudio he dedicado mi labor.

Si fuera necesario resumir en una palabra esta ciencia, de modo que hasta un niño pudiera comprender lo que es la vida, yo diría: *La Vida es una llama*.

Cuando respiramos, la parte activa o comburente del aire (el oxígeno) se combina con los elementos combustibles que están en nuestro cuerpo (el carbón y el hidrógeno introducidos en la sangre por la alimentación), y el resultado de esta combustión es: por un lado, la formación de gas carbónico y agua, en cambio del oxígeno consumido (cambio respiratorio); por otro lado, la producción de cierta cantidad de calor, la cual permite a los animales mantenerse a una temperatura superior a la del medio ambiente. El alimento introduce en la sangre sustancias combustibles; la respiración introduce la sustancia comburente; de esta combustión resulta el calor; y en consecuencia, el movimiento y la fuerza.

¿Quién ha demostrado esta ley simple, elemental? Lavoisier, y Lavoisier solo. Es la base de la fisiología. Por no conocer esta ley, no comprendieron nada de la naturaleza de la vida los fisiólogos que precedieron a Lavoisier: Hales, Haller, Lecat, Borelli. Los seres vivos son máquinas; como lo había concebido tan bien Descartes; y Lavoisier añade: *son máquinas de fuerza*

*química*. Y todo se aclara de golpe: queda abierto el camino para todas las investigaciones.

No hay duda, ha habido en el gran siglo XIX fisiólogos ilustres: Spallanzani (italiano), Helmholtz, Liebig (alemanes), CLAUDIO BERNARD y Marey, mis dos venerados maestros. Pero, en fin de cuentas, todos ellos son discípulos de Lavoisier, al igual de los químicos que le han sucedido: Gay-Lussac, Dalton (inglés), J. B. Dumas, Berzelius (sueco), Wohler (alemán) Deville, Würtz, Berthelot.

A propósito de esto, permitid que os haga una observación. Seducidos por la multiplicidad y el brillo de los descubrimientos verificados diariamente en los dominios científicos, no sabemos ya dar a los creadores el puesto preponderante a que tienen derecho. Se ha celebrado con razón la potencia organizadora, la investigación emprendida en común, guiada por maestros experimentados y que conduce a felices resultados de detalle, gracias a una abundante y anónima colaboración. Sin embargo, yo no creo que este asiduo y metódico trabajo sea la cualidad esencial del sabio. No dudo que convenga ser un profesor distinguido, enseñar claramente las verdades conocidas y dirigir con cuidado un laboratorio al cual asisten discípulos estudiosos. Pero tales virtudes, por preciosas que sean, están en segunda fila para el científico de genio que ante todo debe ser *inventor*. El genio es conquistador, camina adelante, con su luz; el profesor va detrás, en el surco trazado por el inventor. Hé ahí por qué Lavoisier, el gran inventor de la química y de la fisiología, merece ser considerado como una de las más altas glorias de la humanidad.

No digo que todo sabio deba tener la extraordinaria pretensión de ser tan grande como Lavoisier o Descartes; sino que al menos procure desarrollar su personalidad y el espíritu de invención, sin preocuparse demasiado de esa organización tan encomiada por un célebre químico contemporáneo.

Y ahora os recordaré el consejo que uno de los más grandes poetas de vuestro país daba a Peer Gynt, por boca de no sé cual mago. Va errando en las tinieblas Peer Gynt, a derecha, a izquierda, hacia adelante, hacia atrás, y por todos lados oye una misma voz que le grita ¡Sé tú mismo! Sí, hay que ser uno mismo para ser verdadero sabio. Precisa saber ser revolucionario, es decir enfrentarse a las teorías clásicas, dudar de todo, atreverse a discutirlo todo y a profundizarlo todo.

\* \* \*

Si Lavoisier fué un gran innovador, Pasteur, en el siglo XIX, lo fué aún más.

Si la química no existía antes de Lavoisier, menos existía la medicina antes de Pasteur.

Y sin embargo innumerables obras habían sido escritas antes de Pasteur. Este vasto salón no podría contener todos los libros de medicina, en todas las lenguas, impresos en todos los países desde comienzos del siglo XVI hasta el año 1872. Pero, a riesgo de pasar por un anarquista criminal, diré de buen grado que todo ese inmenso montón significaba poca cosa. Tal vez eran descritas con precisión las enfermedades y enumerados en justo orden los síntomas de la peste, de la tisis, de la neumonía, de la tifoidea; pero se ignoraba, y completamente, la causa de las enferme-



dades, lo que es sin duda la parte esencial de la medicina.

Una vieja leyenda bíblica cuenta que a veces el Angel exterminador pasa por una población y señala con el dedo—sin más regla que la propia fantasía—las casas en que hombres o niños deben morir. Antes de Pasteur, casi no sabían más los médicos. No habían concebido la enfermedad bajo la forma simple—que de puro familiar ya nos parece infantil—de la *invasión del organismo por un parásito*.

Las más grandes y fecundas verdades pueden resumirse en una corta frase. Hace un momento, os decía, resumiendo y sintetizando la obra de Lavoisier: la vida es una llama. Para condensar en una palabra la obra de Pasteur, os diré: «*La medicina es el parasitismo*».

Si un elemento extraño no se introduce en nuestros tejidos o en nuestros humores, no hay enfermedad: ni tuberculosis, ni cáncer, ni cólera, ni fiebre puerperal, ni erisipela, ni neumonía, ni escarlatina, ni tifoidea. Las plantas viven sanas y vigorosas cuando no son infestadas por parásitos; los animales prosperan y llegan a la extrema vejez mientras un microbio no les traiga desolación y ruina.

Aunque no quiera abusar de vuestra indulgente atención, debo no obstante indicaros la serie de experimentos para siempre memorables mediante los cuales llegó Pasteur a su atrevida generalización. Es uno de los más bellos ejemplos de sagacidad y perseverancia en la investigación, y al mismo tiempo uno de los más fecundos beneficios dados por la ciencia a los hombres.

Ante todo, Pasteur demuestra que hay gérmenes—es decir, microscópicas semillas o esporos—en los

aires, en las aguas, en el suelo, en la superficie de todos los objetos, en todas partes, esparcidos en legiones invisibles e incontables; y que estos gérmenes están listos a desarrollarse y multiplicarse con una rapidez extrema e indefinidamente en tanto encuentren un medio nutritivo adecuado.

Estos esporos son la causa inmediata de todas las fermentaciones y putrefacciones de los líquidos o sustancias orgánicas. La leche, la sangre, la orina, los músculos permanecen inalterados mientras no se introduzca un germen extranjero. Apenas penetra un parásito y se desarrolla y multiplica, se manifiestan la acción química y la alteración orgánica. Tal es el primer punto fundamental establecido por Pasteur. Pero pronto fué más lejos.

Estudiando las enfermedades de los gusanos de seda, ha visto que los capullos enfermos contenían un parásito. Después, estudiando el carbunco, ha visto que era también una enfermedad debida a un microbio, un bacilo. Cultivando este bacilo, esto es, colocándolo en un medio nutritivo, millares de millares de esos pequeños seres son producidos; y si se inyecta a un animal sano ese líquido rico en microbios, se determina en él la enfermedad del carbunco. Así, la enfermedad carbuncosa, en vez de ser debida a los caprichos de un Angel exterminador, es debida—y únicamente—a la infección por el parásito.

Veis desde luego el prodigioso progreso que este descubrimiento ha causado en la medicina.

La enfermedad, la fuerza oculta e inaccesible, se ha convertido en algo preciso: en un pequeño ser vivo, cuyas forma, costumbres y reacciones pueden ser co-

nocidas. Se le puede cultivar en líquidos, ni más ni menos que se cultiva la remolacha o el trigo o la avena en los campos. Sembrad de este germen solo un caldo de cultivo, y obtendréis una cosecha abundante de ese germen—y solamente de ese germen—.

Hoy poseemos en los laboratorios las causas de todas (o casi todas) las enfermedades: las tenemos encerradas en frascos de vidrio, inofensivas mientras las dejemos dormir en nuestros escaparates, terriblemente ofensivas cuando las inyectamos en animales para estudiar sus efectos.

Lo repito—porque esto no puede ser demasiado repetido—, tan magnífica conquista de la ciencia es debida a Pasteur, y únicamente a Pasteur. Claro, no es él quien ha descubierto todos los microbios de todas las enfermedades; pero lo glorioso y esencial era descubrir la ley fundamental de la patología: que la causa de las enfermedades es el parasitismo, y, por consiguiente, determinar el primer microbio agente de una primer enfermedad.

¡He ahí la invención! ¡He ahí la gloria!

El papel de Pasteur en la cirugía no es menor que su ministerio en medicina. Antes de Pasteur, la cirugía era bastante pobremente empírica. Después de Pasteur, se ha convertido en una verdadera ciencia, tan impecable como las más seguras entre las ciencias humanas.

Es forzoso, indudablemente, asociar al nombre de Pasteur el de Joseph Lister. Pero, según el mismo Lister se complacía en decirlo, fué Pasteur quien lo puso en la buena vía: a Pasteur debe Lister el haber descubierto la antisepsia.

Aquí también, se trata de hechos e ideas que se han vuelto de una trivialidad tal que casi da vergüenza hablar de ellos. Pero hablaré sin embargo, porque hoy, en 1916, por sorprendente inconsecuencia, olvidamos lo que era la cirugía de 1872. En 1872 no se sabía que el aire puede inficionar una herida; no se sabía que se debe operar con instrumentos esterilizados; no se sabía que hay por todas partes, en todas las hilas, en las esponjas, en las vendas, en las manos, en los escalpelos, gérmenes malhechores que el calor puede destruir; no se sabía que la fiebre puerperal es debida a un microbio, que el tétano es debido a un microbio, que la infección purulenta es debida a un microbio, que la erisipela es debida a un microbio; no se sabía que una herida no contaminada llega siempre y necesariamente a la curación, en tanto que una herida contagiada expone a feísimas enfermedades, lo más común mortales. No se sabía nada de eso. No se sabía, pues, nada de cirugía.

Y adivináis la consecuencia de esta ignorancia: en manos de los cirujanos, morían a millares los heridos y los operados. En vano eran invocados los Dioses para preguntar por qué era tan cruel la mortalidad de las paridas y por qué no se salvaban los amputados. Se recurría a las hipótesis más extrañas y se publicaban los libros más inútiles. Nada se había comprendido, y la muerte, sin turbarse, hacía sus estragos.

Para daros una idea de los beneficios maravillosos que el genio de Pasteur ha derramado en el mundo, tomaré un ejemplo de mucha actualidad.

En esta guerra abominable, la más terrible que la humanidad haya sufrido, en esta guerra atroz, san-

griente, inhumana, desapiadada, ha habido en los primeros 17 meses— ¡Ay, cuán larga va a ser la lista!— doce millones de heridos. Es espantoso, pero es cierto, dolorosamente cierto; doce millones de heridos, más de tres veces la población de Noruega. En otro tiempo, antes de la antisepsia, el tétanos, la gangrena, la erisipela, la putrefacción de hospital, la infección purulenta, daban una mortalidad de 50 0/0. De aquellos doce millones de heridos, habrían muerto seis millones. ¿Sabéis cuál es hoy la mortalidad, gracias a la antisepsia? No más del 5 0/0. Así pues, de los primeros doce millones de heridos, el genio de Pasteur ha salvado casi seis millones que habrían muerto en otro tiempo.

¡Raro espectáculo! ¡La luz y las tinieblas! ¡Ormuz y Ahriman! Por un lado, el hombre enfurecido encarnizándose contra el hombre; por otro lado, el genio del hombre arrancando víctimas a la muerte.

Sí, por Pasteur, todo ha cambiado en medicina y en cirugía. La historia de las ciencias médico-quirúrgicas puede dividirse en dos épocas: la medicina antes de Pasteur y la medicina después de Pasteur.

Señores:

Me excusaréis si he hablado con entusiasmo de mis ilustres compatriotas, pero no hay exceso más bello que el de la gratitud.

¡Descartes, Lavoisier, Pasteur, esos son—¿no es verdad?—los tres grandes maestros de la ciencia moderna! ¡A ellos nuestros agradecimientos—un agradecimiento siempre inferior al beneficio!—Su vida fué, como sucede demasiado a menudo a los creadores,

sometida a duras pruebas. Descartes se vió obligado a salir de Francia, porque el atrevimiento de sus doctrinas lo exponía a un castigo severo: se refugió en Holanda, luego en Suecia, y murió en el destierro. Lavoisier, víctima de los furiosos del partido terrorista, murió en el cadalso. Pasteur, durante una gran parte de su vida, tuvo que sufrir violentos ataques. Los médicos de todos los países le reprocharon, frecuentemente en términos injuriosos, el haber trastornado la vieja medicina, y si tuvo la indecible dicha de asistir a su apoteosis y al triunfo de sus doctrinas no fué sino al cabo de largas luchas que muchísimas veces llenaron su corazón de tristeza.

Mas, en fin de cuentas, el genio se basta a sí mismo. Feliz, desgraciado, poco le importa. Ha hecho su obra, ha contribuído con su rayo de luz y esto le basta.

\* \* \*

Si alguna conclusión puede desprenderse de esta rápida ojeada, ¿no es verdad, señores, que es la conclusión de que el papel de Francia, no es inferior al papel de ningún otro país? Hemos mantenido nuestro lugar en la historia del pensamiento humano. Lo hemos mantenido en la paz, porque la ciencia vive en la paz y Francia es pacífica.

En este momento luchá valientemente, porque todos sus hijos han comprendido que es preciso también saber sostener la espada si tiempos crueles lo exigen. La paz, la paz verdadera, durable, fecunda, no puede obtenerse sino cuando se es capaz de defenderla con las armas. Tengamos en una mano la antorcha que alumbrá, pero tengamos a la vez en la otra mano la

espada que ha de atajar las fuerzas malélicas que quieren apagar esa antorcha.

Me asiste cierto derecho para hablar así; porque, a pesar de los sarcasmos y las injurias, he luchado y lucharé aún hasta el fin de mis viejos días, por defender la paz.

Pero una paz que no estuviera fundada en la justicia, que oprimiera a los pueblos pequeños, que no concediera a los ciudadanos de cada país el derecho de ser ciudadanos, que permitiera a teocracias o autocracias o aristocracias arrogantes la opresión de los débiles y de los pobres, tal paz me causaría horror. Necesitamos una paz sincera, una larga paz, instituída sobre la independencia de las naciones, grandes o pequeñas, y la libertad de los ciudadanos, nobles o proletarios.

Día vendrá, próximo o remoto —¿quién sabe?— en que reine una libertad pacífica que permita a la ciencia proseguir su marcha conquistadora, que sólo sus conquistas son hoy legítimas. Y ese día, las relaciones entre los sabios y los hombres de los diversos países se harán más estrechas, particularmente entre noruegos y franceses, pues nos conoceremos mejor y conoceremos será amarnos.

Todos sabemos en Francia que tenéis maestros como Wärgeland, Bjornson y sobre todo Ibsen; *Ibsen*, uno de los más grandes dramaturgos no solamente del siglo XIX sino de todos los siglos; Ibsen, cuyo nombre puede ser asociado a los de Shakespeare y Molière. Vuestros exploradores Amundsen y Nansen son populares entre nosotros, y representan, en su esplendor, cuanto la audacia y la prudencia, el heroísmo y la habilidad pueden inspirar a almas humanas.

Pero conviene una más estrecha unión. Séame, pues, permitido, Señor Rector, formular un voto, enunciar una esperanza:

Que cuando venga la paz y salga Europa de la pesadilla que la aflige, puedan algunos de vuestros profesores ir a París, a nuestra gloriosa y antigua Sorbona, a hablar de Noruega a Francia, así como he tenido yo este inolvidable honor, que será el orgullo de mi vida, de venir a hablar de Francia a vuestra Noruega.

CHARLES RICHEL

Profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina de París.

(Traducción de Elias Jiménez Rojas, discípulo de Richet en 1893).

# FLORILEGIO

## La Mentalidad Alemana

### Pensamientos de catedráticos

La fuerza está por encima del derecho.

HAECKEL

El Estado es esencialmente fuerza de guerra. Tiene todos los derechos.

Sin desaparecer por el mismo hecho, un Estado no podría admitir lógicamente como superior, ningún tribunal cuyas decisiones tenga que acatar. Entre Estados sólo puede reinar la guerra. El conflicto es la esencia misma y la regla de las relaciones entre los

Estados. La amistad no es más que casualidad y excepción.

No hay ley de Estado a Estado.

No se ha de pedir a un Estado ni piedad ni benevolencia.

El cumplimiento de los tratados o compromisos no es una cuestión de derecho; es una cuestión de interés.

El débil es, a pesar de todos los tratados, la presa del más fuerte.

El Estado nacional que realiza la forma más alta de la cultura de la raza, tan sólo se puede constituir mediante la destrucción de los demás Estados, lo que no puede hacerse lógicamente más que por la violencia.

El derecho de independencia no es un derecho innato en un pueblo.

Un pueblo de cultura elevada, pero de cultura no muy favorable a la concentración y a la acción militar del Estado, debe en toda justicia obedecer al bárbaro cuya organización política y militar sea superior.

El valor moral de una forma de cultura radica en su fuerza. La cultura existe para manifestarse en forma de fuerza.

La intervención en los asuntos ajenos es un derecho que no tiene más límite que la fuerza ajena.

Con placer se lisonjea el débil de la inviolabilidad de los tratados que le aseguran una existencia miserable. Pero ahí está precisamente la guerra para enseñarle que un tratado ha podido resultar malo y que las circunstancias han cambiado. No hay más que una garantía: una fuerza militar suficiente.

Hay gentes que hablan de un supuesto derecho de los pueblos para disponer de sí mismos... Es la mentira más frívola que nunca haya inventado un cerebro «welche» (francés).

En política se pueden aplazar muchas cosas; pero si se presenta la ocasión, quien tenga fuerza y sepa que está listo, resuelve el asunto con la espada. Para las grandes cuestiones históricas es la única solución racional y duradera.

Profesor LASSON

La moral del amor al prójimo, que se puede admitir entre individuos, no debe tolerarse entre naciones.

DR. HASSE  
Catedrático de Leipzig.

Tenemos que vencer, cueste lo que cueste. El respeto debido a las obras de arte no es más que secundario y también desaparece por completo cuando se trata de nuestra victoria. Este es el sentido en que queremos ser y en que somos bárbaros. Entre nosotros esto se llama ser humano.

Profesor T. ZIEGLER

En su genio el pueblo alemán tiene contrastes maravillosos... El alemán es una especie de bicéfalo. Pien­sa y sueña con una cabeza; guía y obra con otra.

DANIEL (geógrafo)

### Pensamientos de literatos y periodistas

Sentí muchas veces un vivo dolor al pensar en esa nación alemana tan estimable en cada uno de sus individuos y tan miserable en su conjunto.

La comparación del pueblo alemán con los demás pueblos despierta sentimientos penosos, los que quise evitar por cuantos medios estaban a mi alcance.

GOETHE

Toda Alemania da gracias a Bismarck. Y todos los que en su pecho tienen un verdadero corazón alemán, nunca olvidarán a Bismarck. Bismarck envió el telegrama de Ems a todos los representantes de Prusia en el extranjero, para poner a Francia en mala postura ante el mundo civilizado. Y lo logró por completo. En ese concepto merece también nuestra gratitud eterna.

Del *Neueste Nachrichten*

¡Bendita sea la mano que falsificó el telegrama de Ems!

Profesor HANS DELBRUCK

Al fin y cabo, el sentido de la Historia es visible­mente que la raza blanca, dirigida por los germanos, llegue a dominar real y verdaderamente el mundo.

Del *Die Zukunft*

Hasta la coalición de Francia y Rusia puede ser vencida por nuestras propias fuerzas, si nos elevamos en la guerra, sin vacilación ni escrúpulo alguno, hasta un empleo mayor de la violencia.

*Deutschland bei Beginn des 20 Jahrhunderts 1900*

Por lo que hace a Bélgica y a Holanda, los Estados menores han perdido, en razón de su misma pequeñez territorial, el derecho de existir; porque un Estado no puede alegar sus derechos de independencia, si no los puede defender con la espada.

Daniel FRYMANN

En el presente caso la razón no es más que una locura. Preguntad al haya quien le ha dado el derecho de levantar su copa a mayor altura que la del pino, el abeto, el abedul o la palmera. Citadlo ante el areópago presidido por mandíbulas desdentadas y pedantes. En el follaje del haya habrá una tormenta: «¡La fuerza es mi derecho!» El derecho que cada pueblo recibió al bautizarse, para vivir, desarrollarse, crecer hacia el cielo, no depende de ningún juez.

Renunciemos a nuestros esfuerzos para disculpar la acción de Alemania; dejémonos de proferir injurias despreciables contra nuestros enemigos. No nos hemos lanzado a los peligros de tan gigantesca aventura contra nuestra voluntad. No nos ha sido impuesta por sorpresa. La hemos querido y debíamos quererla... Nuestra fuerza dará a Europa un nuevo fuero. Alemania es la que pega. Cuando haya conquistado nuevos dominios para su ingenio, entonces los sacerdotes de todos los dioses alabarán una guerra tan bendita.

HARDEN

Bélgica nos pertenece como un animal cazado que hemos echado por tierra. Es menester agregarla a Alemania. ¡No para conceder a esa chusma el honor de pertenecer al Imperio alemán! Pero podemos servirnos de Bélgica como de un puño cerrado bajo las narices de la desleal Albión.

Del *Lokal Anzeiger*

La guerra ha de ser un instrumento duro y rudo. Debe ser todo lo implacable que sea posible.

Por más que se diga, es este un principio de «mayor» humanidad. Si se encuentra el medio de destruir a Londres por completo, sería más humano hacerlo que permitir que sea «sangrado» un solo alemán en el campo de batalla, ya que un acto tan radical nos traería pronto la paz... Por esto Alemania está autorizada para usar de todos los medios de guerra existentes que puedan echar por tierra a sus enemigos.

ERZBERGER

Diputado al Reichstag.

Alemania debe y quiere quedarse sola. Los alemanes son el pueblo predilecto de la tierra.

Cumplirá con su destino que consiste en gobernar al mundo y dirigir a las demás naciones para mayor dicha de la humanidad.

Profesor VON SEYDEN

Imp. y Librería de Falcó & Borrásé. San José, C. R.

## EDICIONES MÍNIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

NÚMEROS EN VENTA:

RUBÉN DARÍO	<b>Cabezas</b>
EDGAR POE	<b>Las Campanas y otros poemas</b>
CLEMENTE ONELLI	<b>Aguafuertes del Zoológico</b>
ANDRÉS TERZAGA	<b>Líneas</b>
ENRIQUE HERRERO DUCLOUX	<b>Del diario de mi amigo</b>

EN PRENSA:

JOSÉ ENRIQUE RODÓ **Lecturas**

Dirijase la correspondencia a LEOPOLDO DURÁN, Sáenz Peña, 178, Buenos Aires (República Argentina).

De venta en San José, C. R., Librería Falcó y Borrásé, 7.<sup>a</sup> Avenida, Este, N.º 42 : Precio 40 céntimos ejemplar.

## NOSOTROS

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias sociales.

Directores: *Alfredo A. Bianchi* y *Roberto F. Giusti*; Secretario, *Julio Noé*; Administrador-Gerente, *José Blanco Caprile*.

Dirección y Administración: Florida, 32, Buenos Aires, (República Argentina).

De venta en la Librería Falcó & Borrásé, 7.<sup>a</sup> Avenida, Este, 42. Precio: ₡ 1.75. ej.

## CULTURA

Revista mensual de asuntos nacionales, ciencias, arte, literatura y vida extranjera.

Directores: Agustín Nieto Caballero y Gustavo Santos. Dirección: Carrera 6.<sup>a</sup>, N.º 240 : Apartado 163 : Bogotá (Colombia) : Valor de la suscripción a 6 números ₡ 4.80.

Se reciben suscripciones en la Librería Falcó y Borrásé, 7.<sup>a</sup> Avenida, Este, N.º 43 : San José, Costa Rica.



## A LOS QUE LEEN

Las EDICIONES MINÚSCULAS, son pequeños libros de autores nacionales y extranjeros, que al cuidado de Carlos Salazar Gagini y Julián Marchena, publica mensualmente nuestra casa. Contienen 64 a 80 páginas de amena lectura y están editados con buen papel y claros tipos. Valen **50 céntimos** el tomo.

COLECCIÓN EOS, revista quincenal, dirigida por don Elías Jiménez Rojas. Treinta y dos páginas de lectura científico-social, **10 céntimos** el cuaderno.

Se venden colecciones empastadas al precio de ₡ 2.70 el tomo.

BIBLIOTECA RENOVACIÓN, cuadernos de 32 a 64 páginas, llenos de escogida lectura de un solo autor : De **15 a 25 céntimos** ej.

MIS APUNTES, revista para niños, dirigida por don Ramiro Aguilar V. Veinticuatro páginas llenas de importantes conocimientos, por **5 céntimos**.

Los pedidos deben ser dirigidos a los señores Falcó y Borrásé, Apartado 638. San José, Costa Rica : 7.<sup>a</sup> Avenida, Este, N.º 42.